

Eric J. Hobsbawm

E1 marxismo hoy: un balance abierto

1. MARX, CIEN AÑOS DESPUÉS

Cuál pueda ser el futuro del marxismo es cosa que todavía no sabemos. Sin embargo, a cien años de la muerte de Marx, es posible evaluar con cierta confianza sus extraordinarios resultados.

Ningún otro pensador ha sobrevivido con igual éxito a su lema: "Los filósofos solamente han interpretado el mundo: se trata ahora de transformarlo".¹ Las ideas de Marx se han convertido en las doctrinas que han inspirado a los movimientos obreros y socialistas de Europa. A través de Lenin, principalmente, y de la revolución rusa, sus ideas se han convertido en la quintaesencia de la doctrina internacional de la revolución social en el siglo XX, universalmente aceptada como tal desde China hasta el Perú. A través de la victoria de los partidos y gobiernos identificados con estas doctrinas, algunas versiones de dichas ideas se han convertido en la ideología oficial de Estados en los cuales, en este momento, vive cerca de una tercera parte del género humano, para no mencionar los movimientos políticos de distinta dimensión e importancia que se declaran sus herederos en el resto del mundo. Los únicos pensadores individualmente identificables que alcanzaron una posición parangonable fueron los fundadores de grandes religiones del pasado, y, probablemente con la excepción de Mahoma, ninguno de ellos triunfó a una escala comparable con igual rapidez. Desde este punto de vista, ningún pensador laico puede ser confrontado con Marx.

En qué medida el mismo Marx habría aprobado cuanto se ha hecho en su nombre, y qué habría pensado de las doctrinas, a menudo transformadas en un equivalente laico de las teologías, oficialmente aceptadas como incontestablemente verdaderas, es una cuestión que puede conducir a argumentaciones interesantes, pero académicas. Resta el hecho de que, por más alejadas que tales doctrinas puedan hallarse respecto de sus ideas originarias, tal como nosotros las podemos documentar o deducir, éstas derivan históricamente de aquéllas, y la derivación puede ser directamente demostrada, en el pensamiento y en la acción: pertenecen a la historia del marxismo. Hasta qué punto tales evoluciones se hallen implícitas en las ideas de Marx es una cuestión distinta y separada, que ha sido objeto de muchas discusiones, sobre todo por el hecho de que los regímenes y los gobiernos constituidos en nombre de Marx (asociado en general, hasta ahora, al de algún dirigente revolucionario venido después de él y que se declaraba su discípulo: Lenin, Stalin, Mao, etcétera) han tenido todos ellos hasta hoy un cierto parecido de familia, o más bien porque han compartido la característica negativa de ser diferentes de la democracia liberal.

Responder a tal problema no es la misión de este artículo, pero hay dos observaciones que sí pueden hacerse. En la medida en que un conjunto de ideas sobrevive a quien lo ha elaborado, deja de estar confinado en el ámbito del contenido y de las intenciones originales. Dentro de los límites bastante vastos trazados por la capacidad exegética de

¹ K. Marx, Tesis sobre Feuerbach, en Marx y Engels, Obras, vol. 5, p. 5.

los hombres o incluso de la disposición humana a declarar un nexo con un predecesor amado o predilecto, aquel bloque de ideas es sometido a una serie imprevisiblemente larga de cambios y transformaciones prácticas y teóricas. Los regímenes que se han dicho cristianos, y que han derivado su autoridad de un cuerpo particular de textos escritos, se han extendido desde el reino feudal de Jerusalén hasta los "Shakers", desde el imperio zarista hasta la república de Holanda, desde la Ginebra de Calvino hasta la Inglaterra hannoveriana. La teología cristiana ha absorbido, en distintos momentos, tanto a Aristóteles como a Marx. Todos podrían afirmar que derivan en alguna forma de las enseñanzas de Jesús, aunque por lo general esto no provocaría satisfacción en otros cristianos igualmente convencidos. Es sumamente amplio el espectro de ideas y de prácticas que pretenden derivar de —y ser compatibles con— los textos de Marx, directamente o mediante el trámite de sus sucesores. Si no supiésemos que todos han reivindicado semejante derivación, podríamos considerar las diferencias existentes entre los kibbutzim sionistas y la Kampuchea de Pol Pot, entre Hilferding y Mao, entre Stalin y Gramsci, entre Rosa Luxemburgo y Kim II Sung, como más marcadas que sus afinidades. No existe ninguna razón teórica por la que los regímenes marxistas debieran adoptar cierta forma, aunque sí hay buenas razones históricas para explicar por qué aquellos regímenes que se constituyeron en el curso de un periodo relativamente breve a partir de 1917, mediante revoluciones autóctonas, por imitación o por conquista, en algunos países al margen o fuera del mundo industrializado, han desarrollado características comunes, en negativo o en positivo.²

A partir de cierto momento, el marxismo deja de ser identificado —como ocurrió en medida creciente entre 1917 y el apogeo staliniano— con un único modelo de revolución y de construcción del socialismo, y con un único movimiento internacional, bajo la dirección centralizada o por lo menos la guía preestablecida del partido comunista de la URSS. La práctica política marxista no se conforma ya, o tiende a no conformarse, con el modelo bolchevique. El argumento según el cual la teoría marxiana implica necesariamente el leninismo y sólo el leninismo de otra escuela que pretenda representar la ortodoxia marxista resulta por lo tanto indefendible.

Puede decirse, sin embargo, que cualquier cuerpo de ideas —incluidas las de Marx— se transforma necesariamente con su devenir en una fuerza política significativa capaz de movilizar a las masas, tanto si esto sucede a través de partidos, movimientos, gobiernos, como si se realiza por otras vías. Del mismo modo, cualquier cuerpo de ideas se transforma, aunque sólo sea a causa de la formalización, estabilización y simplificación pedagógica, en el momento en que comienza a ser enseñado en las escuelas primarias y secundarias, o incluso sólo en las universidades. Interpretar el mundo y cambiarlo no es la misma cosa, aunque se trate de dos cosas orgánicamente vinculadas. Si ello sucede a través de la formación de un núcleo informal de creencias, como las que distinguían a los hombres de negocios del siglo XIX y a sus intérpretes del contenido efectivo del pensamiento de Adam Smith, en el que sin embargo creían basarse, o —en el caso opuesto— de dogmas formales, respecto a los cuales no se tolera ninguna disensión, es cuestión secundaria. Resta el hecho de la transformación. En efecto, la historia de las ideas, y en particular la historia de las ideas políticas, se ocupa sobre todo de redescubrir el significado y la intención de los pensadores, y los contextos originales y las referencias de su pensamiento, ocultas tras las reinterpretaciones postumas. Los únicos autores que escapan a este destino son aquellos a quienes nadie tomó nunca en serio, o aquellos tan estrechamente identificados con un origen particular en el tiempo y en el

² Los únicos países industrialmente desarrollados que son regidos por regímenes de este tipo no se habrían encontrado en tal situación, después de la segunda guerra mundial, sin la victoria del Ejército Rojo.

espacio que son inmediatamente olvidados. El Adam Smith de hoy no es el Adam Smith de 1776, salvo para un pequeño grupo de estudiosos especializados. Lo mismo vale inevitablemente para Marx, aunque, las últimas décadas del siglo XX han creado diversos marxismos a partir del Marx originario.

Cuanto más un pensador consigue cambiar el mundo, más es su pensamiento sometido a cambios postumos. El impacto político del marxismo es sin duda el éxito más importante de Marx desde el punto de vista de la historia. Verdad que el impacto intelectual ha sido casi igualmente importante, pero no puede ser separado del impacto político, menos aún por los marxistas. No son muchos los pensadores cuyo nombre, por sí solo, evoca transformaciones fundamentales del universo intelectual de los hombres. Marx se halla entre éstos, junto a figuras como Newton, Darwin, Freud. Estos nombres, por sí solos, indican cómo las transformaciones intelectuales con las que cada uno de ellos se identifica no son comparables, sino por el hecho de que han penetrado mucho más allá de las filas de los especialistas de los respectivos campos, hasta afectar a todo el mundo de la cultura. No se quiere sostener que Freud o incluso Darwin tuviesen la misma estatura intelectual de 'Newton. Sin embargo, cualesquiera que fuesen sus capacidades y la naturaleza de su éxito intelectual, los nombres que componen semejante lista son pocos. La colocación en ésta de Marx difícilmente puede discutirse. Pero es peculiar en dos sentidos. En primer lugar, porque se ha producido, para fines prácticos, sólo después de su muerte: verdaderamente muy pocos habrían previsto semejante fama cuando Marx estaba todavía vivo. En segundo lugar, ello fue obtenido a costa de un siglo de críticas persistentes, masivas, apasionadas, y desde el punto de vista intelectual todo lo contrario de desdeñables. Muchas de las mejores mentes han dedicado esfuerzos intensos al intento de demostrar los errores y las lagunas de Marx, incluidos los muchos que, habiendo sido defensores del marxismo, más tarde se han convertido en sus críticos. El hecho de ser objeto de crítica e impugnación, al menos durante cierto periodo, sucede no raramente a los pensadores que transforman el universo intelectual; sin embargo, el trayecto de otras figuras de esa talla parece haber sido menos tempestuoso, y las críticas intelectualmente serias parecen haberse circunscrito, en otros casos, a sus campos de investigación específicos. Marx ha sobrevivido a un siglo de fuego concéntrico dirigido contra sus ideas por cualquiera que tuviese a mano una pluma, una máquina de escribir, una tribuna o —en algunos casos— el lápiz azul del censor y el oficio de policía. Al final de ese siglo, su estatura intelectual no ha sido puesta seriamente en duda. Aún más, sus ideas siguen siendo importantes incluso entre aquellos que rechazan sus conclusiones y las actividades políticas de sus seguidores. Hay tres razones posibles para esta notable primacía. Sin duda, el marxismo ha sido constantemente combatido porque, desde los años inmediatamente sucesivos a la muerte de Marx, ha sido siempre identificado, por una parte u otra —pero en general en vastas zonas del mundo—, con fuertes movimientos políticos que constituían una amenaza para el status quo, y después de 1917 con regímenes estatales peligrosos subversores del orden internacional. El marxismo no ha dejado nunca de representar fuerzas políticas formidables. Además, siempre ha seguido siendo, en teoría, internacional, regalando así a sus críticos la idea de un peligro o de un error potencialmente universales. Bajo este aspecto, difiere de doctrinas identificadas con naciones o razas particulares, y por ello difícilmente en condiciones de convertir a otras, o de doctrinas teóricamente universales, pero en la práctica confinadas a regiones particulares, como el cristianismo ortodoxo o el Islam chuta.

Por otra parte, el marxismo ha sido siempre una crítica revolucionaria del status quo dotada de serias pretensiones intelectuales, y que muy pronto se consideró a sí misma como la crítica revolucionaria más incisiva e importante. Prácticamente todos los

opositores del status quo que quieren sustituirlo por una "nueva" sociedad mejor, e incluso algunos de aquellos que quieren sustituirlo con el retorno a una "vieja" sociedad idealizada, describen hoy sus aspiraciones en términos de "socialismo". Pero la posición del análisis marxista en la teoría socialista, o lo que pasa por tal, es formulada en términos que implican en cada crítica del socialismo una crítica de Marx. Un año después de su muerte, un resumen bien informado del "socialismo contemporáneo",³ aunque subrayaba la escasa extensión de las originarias escuelas "utópicas" o "mutualistas" premarxianas, podía aún dedicar a Karl Marx solamente uno de sus nueve capítulos. Hoy, es más probable que una discusión semejante⁴ tome en consideración todas las variantes de las doctrinas socialistas esencialmente en relación a su conexión con las doctrinas del marxismo, que es tácitamente asumido como la tradición central del socialismo.

Análogamente, aquellos que quieren criticar la sociedad existente se sienten tan atraídos por la teoría que domina semejantes críticas, como aquellos que quieren defenderla y que son escépticos con respecto a las intenciones de los revolucionarios se sienten impulsados a atacar a Marx. Solamente en los regímenes en donde la doctrina marxista se identifica con la ideología oficial del status quo no es así. Sin embargo los Estados de régimen marxista son una minoría en el mundo de hoy, y en cualquier caso, si se excluye a la URSS, todos los Estados de este tipo no tienen más de treinta o cuarenta años, y el elemento de crítica de la sociedad —presente en la primera o en las primeras generaciones posrevolucionarias— conserva cierto significado, aunque probablemente en medida cada vez menor.

Existe sin embargo una tercera razón que explica la centralidad del marxismo y de los debates sobre el marxismo en el universo intelectual de las últimas décadas del siglo XX: su extraordinaria capacidad para atraer intelectuales de alto nivel. No se quiere sostener que los intelectuales hayan sido siempre atraídos en masa por el marxismo, aunque ello ha sucedido en ocasiones; y menos aún que tal atracción haya sido permanente. Por el contrario, ha habido tiempos, lugares, ocupaciones intelectuales, que han sido considerablemente inmunes al marxismo o rechazadas por éste. Sigue siendo cierto, sin embargo, que, en el plano teórico el marxismo ha sido, entre todas las ideologías vinculadas con movimientos sociales modernos, aquella que ha suscitado con mucho el mayor interés, ofreciendo la más amplia salida no sólo a los propósitos y a la actividad política, sino también a la discusión y a la elaboración ideológica. Por eso es particularmente notable el conjunto de debates y elaboraciones conceptuales por parte de personas de capacidad intelectual elevada, que el marxismo ha sido capaz de poner en movimiento. No es casual, ni es simple reflejo de una moda intelectual, si el número de artículos bajo los lemas "Marx" y "marxismo" en el índice de la International Encyclopedia of the Social Sciences (1968) supera en mucho al nombre de cualquier otro pensador, incluso sin tomar en cuenta los artículos incluidos bajo el lema "leninismo". Incluso en el plano académico, el auténtico potencial cultural de Marx ha sido y sigue siendo enorme.

2. DESESTABILIZACIÓN, "TERCER MUNDO" Y EL 68

No es mi intención proporcionar un informe cronológico de los desarrollos del marxismo desde mediados de los años cincuenta hasta hoy. Sin embargo, antes de tomar

³ J. Rae, *Contemperar? Socialism*, Londres, 1884.

⁴ Cf., por ejemplo, D. Bell, "Socialismo", en la *International Ency-dopaedia of the Social Sciences*, Nueva York, 1968.

en consideración los factores de más larga duración que han caracterizado la discusión marxista en este último cuarto de siglo, puede ser útil echar una rápida ojeada a los acontecimientos de breve duración que los han dominado. Tres conjuntos de acontecimientos han sido de primordial importancia, desde este punto de vista: aquellos ligados a los progresos en la URSS y en los otros países socialistas a partir de 1956; aquellos vinculados con lo que ya en los años cincuenta se empezó a llamar (con un término equívoco) "tercer mundo", y en particular América Latina; y por último aquellos relacionados con la impresionante e inesperada explosión de radicalismo político en los países del capitalismo industrial a finales de los años sesenta, cuyas principales premisas deben buscarse en los movimientos estudiantiles. Ciertamente, no nos proponemos poner en confrontación estos diversos acontecimientos, salvo por la relación que pueden haber tenido con la discusión marxista. En relación a su efectivo significado político, directo o indirecto, son de valor muy diferente, y pueden ser claramente distinguibles unos de otros, especialmente a partir de 1960.

El conjunto "soviético" puede ser considerado, para nuestros fines, desde varios puntos de vista. Ante todo, condicionó la evolución del marxismo a través de los efectos de la desestalinización en la URSS y en los otros Estados de Europa oriental. La desestalinización tuvo a su vez efectos teóricos y prácticos; por un lado condujo al reconocimiento de que la organización efectiva de estas sociedades y su funcionamiento —y no en último lugar el de sus economías— tenían necesidad de reformas, un reconocimiento que fue advertido particularmente en los años que siguieron al XX Congreso y a finales de los sesenta; por otro lado implicó un reexamen teórico para fines de reforma práctica, y condujo incluso a un cierto deshielo intelectual que permitió, y a veces incluso alentó, la reapertura de cuestiones claramente cerradas en la era staliniana. Puede añadirse también que la nueva situación internacional en la que vinieron a encontrarse la URSS y China —y en menor medida otros Estados socialistas— tanto frente al mundo capitalista y al "tercer mundo", como en relación a los otros componentes del movimiento comunista internacional, llevaba consigo algunas reformulaciones intelectuales.

En segundo lugar, el conjunto soviético condicionó al marxismo a causa del fracaso de un único movimiento comunista internacional, monolítico y monocéntrico, dominado por un "partido guía", el de la URSS. Esta unidad monolítica, debilitada ya por la secesión de Yugoslavia a partir de 1948, dejó prácticamente de existir con la ruptura entre China y la URSS allá por 1960. Todos los partidos comunistas, y por consiguiente la discusión marxista dentro de ellos, fueron en diversa medida afectados por este fracaso, o más precisamente por el reconocimiento de jure o de facto de que ahora se había vuelto posible, y en algunos casos ausplicable, una pluralidad de vías nacionales al socialismo o dentro del socialismo. Por otra parte, incluso para aquellos que aún deseaban ardientemente una sola ortodoxia internacional de la teoría, la existencia de ortodoxias rivales planteaba ahora agudos problemas de reajuste.

En tercer lugar, el conjunto soviético interactuó con los desarrollos del marxismo a través de eventos políticos, a menudo dramáticos, dentro del mundo socialista, referentes a algunos Estados de la esfera de influencia soviética y china: las primeras reacciones este-europeas al XX Congreso en 1956 (Polonia, Hungría); las crisis de finales de los años sesenta, la más traumática de las cuales fue la "primavera de Praga" de 1968; la serie de cataclismos polacos entre 1968 y 1981 (y más adelante); y los terremotos políticos que sacudieron a China, a fines de los años cincuenta, a mediados de los años sesenta (la "revolución cultural") y después de la muerte de Mao.

Por último, el incremento de una comunicación directa entre el sector socialista y el resto del mundo, aunque fuese solamente a través de la prensa, el turismo, los

intercambios culturales y la constitución de núcleos significativos de emigrantes de los países socialistas, ha influido en los desarrollos del marxismo por cuanto ha aumentado la masa de informaciones sobre los países socialistas accesible a los marxistas occidentales y controlable ya con creciente dificultad. Si estos países pudieron ser tomados como modelos, a menudo en forma casi utópica, por las aspiraciones de los revolucionarios de Occidente, ello sucedió en gran parte precisamente porque los revolucionarios occidentales sabían poco sobre ellos, y a veces no estaban en condiciones de saber nada más. Conocían las intenciones programáticas o las conquistas proclamadas, y naturalmente el significado histórico de las revoluciones que en aquellos países se habían desarrollado, pero sabían muy poco sobre la complejidad de sus realidades pasadas y presentes. En efecto, a veces pudo parecer que esto no les importase gran cosa; la idealización de la "revolución cultural" china por parte de muchos revolucionarios occidentales tuvo que ver con China poco más o menos lo que las Cartas persas de Montesquieu tenían que ver con Persia o el buen salvaje dieciochesco con Tahití. En todos estos casos la crítica social de otra parte del mundo adopta lo que se suponía era la experiencia de un país lejano. Sin duda, los admiradores de la "revolución cultural" creyeron verdaderamente, en cierto momento, que la China de Mao correspondía a la imagen ideal que ellos propagaban, pero esa imagen no estaba basada en un conocimiento efectivo o en alguna demostración capaz de convencer a observadores todavía no dispuestos a creer. Por lo demás, la lejanía de estos países, el escasísimo conocimiento de sus lenguas y el voluntario aislamiento de sus regímenes, con frecuencia hacían la realidad nacional aún más difícilmente accesible. Pero con el desarrollo de las comunicaciones y de la información, la tendencia a buscar la utopía bajo cualquier bandera roja ya flameante disminuyó notablemente. A partir de 1956 comienza un periodo en el que la mayor parte de los marxistas se ha visto obligada a concluir que los regímenes socialistas existentes —desde la URSS hasta Cuba y Vietnam— estaban lejos de lo que se habría deseado que fuese una sociedad socialista o una sociedad en la vía de la construcción del socialismo. La mayoría de los marxistas ha sido forzada a regresar a las posiciones que los socialistas tenían dondequiera antes de 1917: una vez más debían concebir el socialismo como una solución necesaria a los problemas creados por la sociedad capitalista, como una esperanza para el futuro, pero como algo que tenía una base muy poco adecuada en la experiencia práctica. Esto no los llevaba necesariamente a subestimar los resultados notables, y en muchos aspectos positivos, de las tentativas hechas hasta aquel momento para construir el socialismo en presencia de grandes dificultades y en países que ni Marx ni Lenin, antes de 1917, consideraron como un terreno particularmente prometedor. Por otro lado, había también quienes se sentían tentados a rechazar estas experiencias como fracasos históricos o a negar que hubiesen constituido o pudiesen constituir algo que mereciera el nombre de socialismo.

Al contrario, la emigración en masa de los "disidentes" de los países socialistas reforzaba la vieja tentación de identificar a Marx y al marxismo exclusivamente con tales regímenes, y especialmente con la URSS. Esta identificación ya había servido anteriormente para excluir de la comunidad marxista a cualquiera que no diese un apoyo acrítico y total a cualquier cosa venida de Moscú; ahora servía a quienes querían rechazar todo de Marx, afirmando que el único camino que nacía del Manifiesto comunista, el único que podía nacer de él, era el que terminaba en los gulag de la Rusia stalinista o en su equivalente en cualquier otro Estado regido por los secuaces de Marx. Tal reacción era psicológicamente comprensible entre los comunistas decepcionados que veían al "dios que había fracasado", y aún más comprensible era entre los intelectuales disidentes que vivían en los países socialistas o que venían de ellos, y en

quienes el rechazo a todo lo que tuviese que ver con sus regímenes oficiales era total, comenzando por el pensador de cuyas tesis se consideraban herederos estos regímenes. En la medida en que el rechazo a Marx, causado por su asociación con la URSS, se ha vuelto más común en el periodo poststaliniano entre quienes han abandonado su anterior fe comunista, pertenece con pleno derecho a la historia del marxismo. Ciertamente podría observarse que, desde el punto de vista intelectual, tiene más o menos iguales justificaciones que las tesis según las cuales toda la historia de la cristiandad debe lógica y necesariamente conducir al absolutismo papal, o que aquella según la cual todo darwinismo debe llevar a glorificar la libre competencia capitalista.

El conjunto de acontecimientos del "tercer mundo" ha observado los desarrollos del marxismo fundamentalmente de dos maneras. En primer lugar, ha concentrado la atención en las luchas de liberación de los pueblos en Asia, en África y en América Latina, y en el hecho de que muchos movimientos de ese tipo, y algunos de los nuevos regímenes que surgían de la descolonización, se hallaban atraídos por las consignas marxistas, así como por las estructuras estatales y por las estrategias vinculadas (al menos en su opinión) al marxismo. Tales movimientos y regímenes, en su esfuerzo por salir del subdesarrollo, han encontrado inspiración en las experiencias de los países socialistas. Esto era bastante natural desde el momento en que la gran mayoría de los regímenes controlados por comunistas realizados de 1917 en adelante se encontraban en países atrasados. El número de movimientos y regímenes del "tercer mundo" que declaró, al menos ocasionalmente, que tenían el socialismo como objetivo (a menudo unido a un adjetivo, como socialismo africano, islámico, etcétera) fue considerable. Si estos socialismos tenían un modelo, éste derivaba de regímenes guiados por marxistas. No es necesario añadir que la cantidad de escritos marxistas en los países antes coloniales o semicoloniales creció enormemente. Algunas regiones, por ejemplo algunas partes de África, que hasta entonces no habían producido prácticamente ningún escrito marxista, ahora comenzaron a hacerlo. Otras garantizaron un refugio, al menos durante algún tiempo, a marxistas impedidos de enseñar y publicar en sus países.

En las décadas del gran auge general del capitalismo, pareció cada vez más que las revoluciones sociales podrían darse sobre todo en el mundo de la dependencia y el "subdesarrollo". De ahí el segundo punto a subrayar, a saber, que la experiencia del "tercer mundo" concentró la atención de los marxistas en las relaciones entre países dominantes y países en vías de desarrollo, en el carácter específico y en los problemas de la eventual transición al socialismo en aquellas regiones, y en las peculiaridades sociales y culturales que caracterizarían su futuro desarrollo. Estos problemas plantearon cuestiones no sólo de estrategia política concreta, sino también de teoría marxista. Para colmo, las opiniones de los marxistas, fuese como políticos de profesión, fuese (se siente la tentación de decir "por consiguiente") como teóricos, eran fuertemente divergentes.

Un ejemplo significativo de esta interacción entre experiencia tercermundista y teoría marxista puede encontrarse en el campo de la historiografía, y se puede citar a título ilustrativo. La naturaleza de la transición del feudalismo al capitalismo preocupó largo tiempo a los estudiosos marxistas, no sin intervenciones por parte de políticos marxistas, puesto que, por lo menos en Rusia, planteaba cuestiones de interés actual. Allí el "feudalismo" era un fenómeno reciente, el "absolutismo" zarista, cuya naturaleza de clase era objeto de debates, había sido abatido hacía poco, y los defensores de las distintas interpretaciones de este punto (como M. N. Pokrovsky) eran identificados por sus contrarios, con razón o sin ella, con la oposición política, o con teorías que la estimulaban. También en Japón se había convertido en objeto de juicio político. Pero sin adentrarse en el análisis de tales discusiones, basta recordar el ambicioso intento de

Maurice Dobb de proporcionar un examen sistemático en aquellos que con modestia llamó Estudios sobre el desarrollo del capitalismo (1946), y que condujeron a un vivo debate internacional, sobre todo en los años cincuenta.⁵

Las cuestiones sobre el tapete eran numerosas. ¿Había existido una contradicción fundamental interna al feudalismo (una "ley general"), capaz de producir su disgregación y al fin provocar su sustitución por el capitalismo? Y si así fue (y la mayor parte de los marxistas ortodoxos así lo creía), ¿cuál era esta ley? Si, por el contrario, no existía ninguna ley de ese tipo —o sea, si el feudalismo podía ser interpretado como un sistema estable o autoestabilizante—, ¿cómo se explicaba su supresión por obra del capitalismo? Y si semejante mecanismo de desintegración existía, ¿habría operado en todos los sistemas feudales —en cuyo caso se debía explicar la incapacidad del capitalismo para desarrollarse fuera del contexto europeo— o solamente en un área específica, y en tal caso quedaban por analizar las características peculiares que la distinguían del resto del mundo? El punto crucial de la crítica hecha a Dobb por Paul M. Sweezy, que provocó la apertura del debate,⁶ fue que éste se declaró insatisfecho ¿e los intentos por explicar la disgregación del feudalismo mediante mecanismos implícitos en la "relación de producción" fundamental dentro del sistema feudal, aquel existente entre señores y siervos. Al contrario, él prefería poner el acento —o volverlo a poner, ya que había gran cantidad de precedentes marxistas y no marxistas en este sentido— en el papel del comercio para determinar el deterioro y la transformación de la economía feudal. "El desarrollo del comercio es el factor decisivo que inicia la declinación del feudalismo en Europa occidental."⁷ No es necesario seguir a los contendientes en su exploración de los textos marciales, sino para señalar que la mayor parte de los marxistas, sin negar la evidente importancia del comercio, seguía a Dobb en preferir una explicación fundamental en términos de relaciones de producción, mejor que en referencia a la "esfera del cambio".⁸

La discusión, que se prolongó en fases alternas hasta principios de los años sesenta, bajó de tono. Sin embargo, en los años sesenta, la cuestión de la génesis histórica de la economía capitalista moderna fue replanteada en ocasiones de modo totalmente distinto; aunque derivado en apariencia de la vertiente sweeziana de la precedente controversia, y vinculado de hecho a la revista de Sweezy, la *Monthly Review*. La nueva tesis fue propuesta polémicamente por Gunder Frank,⁹ y sucesivamente de modo más elaborado e históricamente documentado por I. Wallerstein¹⁰ y otros más. Wallerstein comenzó su carrera académica como estudioso de ciencias políticas, especialista del África contemporánea, y se había aproximado a la historia desde ese punto de partida. Tres proposiciones esenciales constituían el núcleo de esta interpretación. Primero, que el capitalismo puede identificarse sustancialmente con las relaciones de mercado, y a escala general con el desarrollo de un "sistema mundial" consistente en un mercado mundial en el cual cierto número de países del "centro" desarrollado impone un dominio sobre la "periferia" y la explota. Segundo, que la constitución de este "mercado

5 M. Dobb, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, ed. Siglo XXI, México.

6 Cf. *The transition from feudalism to capitalism*, introducción de R. Hilton, Londres, 1976.

7 *Ibid.*, p. 41 nota.

8 *Ibid.*, p. 61.

9 A. G., Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, ed. Siglo XXI, México, 1970.

10 I. Wallerstein, // *sistema mondiale dell'economia moderna* (1972), Bolonia, 1978.

mundial", que se puede remontar a la primera fase de las conquistas coloniales del siglo XVI, creó un mundo esencialmente capitalista, que debe ser analizado en términos de economía capitalista. Tercero, que el desarrollo de los países de la "metrópoli" capitalista, a través del dominio y la explotación de los otros, ha producido juntamente el desarrollo del "centro" y el "subdesarrollo" del tercer mundo, o sea una divergencia creciente, e incontenible bajo el capitalismo, entre las dos áreas del mundo.

No es necesario aquí entrar en los detalles del debate internacional sobre estas proposiciones —y más en general sobre el desarrollo histórico del capitalismo— que fue provocado por estas intervenciones y que fue extraordinariamente apasionado;¹¹ tampoco es necesario atribuir méritos a las contribuciones que lo caracterizaron. Es suficiente recordar que el interés por estos problemas históricos conoció un resurgimiento extraordinario en los años setenta; testimonio de ello es la vasta bibliografía, que comprende numerosos trabajos de gran importancia. Que las reflexiones sobre el tercer mundo constituyeron su punto de partida debería ser evidente. Menos evidente es que, en el origen, reflejaban los debates políticos de la izquierda en aquella zona del mundo, y en particular en la América Latina de los años cincuenta y sesenta.

El tema que dividía a la izquierda en aquel continente era la naturaleza del principal enemigo interno de los revolucionarios. Que el principal enemigo internacional era el "imperialismo", identificado ante todo con los Estados Unidos, era indudable. Pero ¿debía el ataque principal en el plano interno ir dirigido contra los propietarios terratenientes —que dominaban vastas extensiones de cultivos atrasados o bien las economías agrícolas especializadas en exportaciones al mercado mundial a cambio de manufacturas del mundo industrial— o contra la burguesía local? Tanto los grupos burgueses locales, interesados en una industrialización que sustituyese la importación con el apoyo del Estado, como los partidos comunistas ortodoxos, sostenían que la tarea principal de los pueblos de Latinoamérica era la de destruir los intereses agrarios y el latifundio (identificado a menudo estrechamente con el "feudalismo" o con sus residuos). Para la "burguesía nacional" —y en un continente lleno de intelectuales marxistas existían incluso hombres de negocios que aceptaban esta definición— esto significaba remover el principal obstáculo a la industrialización, y al mismo tiempo el principal obstáculo económico a la formación de amplios mercados nacionales para las industrias internas, y en la práctica la expulsión de la economía moderna de las masas campesinas que se volverían aún más pobres y marginales. Para los comunistas ortodoxos significaba por el contrario la creación de un frente nacional común contra el imperialismo norteamericano y la "oligarquía" local. Esto conllevaba que la lucha por una inmediata transformación socialista de estos países no estuviese en el orden del día —como por lo demás, de hecho, no lo estaba— e implicaba igualmente que los partidos comunistas se habrían abstenido, en la mayor parte de los casos, de las formas más extremas de insurrección y de lucha armada. Por otra parte, para la ultraizquierda la política comunista constituía una traición a la lucha de clases. América Latina, sostenían, no era una economía feudal, y ni siquiera un conjunto de economías "dualistas", sino que era una economía plenamente capitalista. El enemigo principal era la burguesía que, lejos de tener intereses opuestos al imperialismo norteamericano, se identificaba sustancialmente con aquél, y funcionaba como agente local del capital monopolista estadounidense e internacional. Además, existían las condiciones objetivas

11 Como testimonio de estas posiciones cf. el ensayo de S. Amia en *Storia del marxismo*, t. 4, // *marxismo oggi*, ed. Einaudi, 1982. Para América Latina véase el análisis del debate proporcionado por J. C. Portantiero, en *ibid.*

para una revolución victoriosa, y su objetivo inmediato era el socialismo, y no el equivalente actual de la "fase democrático-burguesa". Las divisiones dentro de la izquierda se volvieron más dramáticas por la casi contemporánea ruptura entre la URSS y China —esta última empeñada, a lo que parecía, en una revolución campesina que habría debido circundar y conquistar las ciudades— y por la victoria de Castro en Cuba. Una vez más, no es éste el lugar adecuado para dar juicios de valor sobre los argumentos adoptados por ambas partes. Será suficiente subrayar que éstos se proyectaban hacia atrás en la historia. Si las colonias españolas o portuguesas habían sido siempre parte esencial de una economía capitalista desde el siglo xvi, entonces la transformación de países "feudales" y atrasados a florecientes naciones capitalistas-burguesas había sido siempre para desviar la atención. Si los "obstáculos al desarrollo", que eran analizados con tanto celo en los años cincuenta y sesenta, no estaban constituidos por supervivencias feudales o por algún otro motivo interno, sino simplemente por el hecho de que la dependencia de los países coloniales o neocoloniales del centro internacional del capitalismo creaba y reforzaba su subdesarrollo, entonces los conflictos entre agrarios e industriales perdían significado y no podían determinar las condiciones para eliminar el subdesarrollo, cosa que podían hacer sólo la revolución social y el socialismo.

La política del momento determinaba la tendencia de la reinterpretación histórica. Esto no quiere decir, naturalmente, que el debate que de ahí surgió fuese una pura racionalización de las decisiones políticas actuales. No era así, y en todo caso es evidente que este debate historiográfico se extendió mucho más allá de América Latina, hasta incluir a marxistas que no conocían las divisiones internas de la izquierda latinoamericana, o que no tenían opiniones particulares sobre las cuestiones que ella debatía.

Ciertamente, la naturaleza de la relación entre áreas industrializadas y resto del mundo no era solamente una cuestión de historia: por un lado planteaba los problemas hasta entonces discutidos bajo el rubro general "imperialismo", si bien en un contexto históricamente nuevo; por el otro planteaba el problema de una definición o redefinición de dos sectores del mundo. No es el caso de detenerse aquí a analizar la literatura marxista sobre tales argumentos a partir de la descolonización; se podrá solamente observar que la desaparición en la práctica de las colonias, en el sentido formal del término (o sea de áreas bajo la administración directa de un poder externo y por lo tanto carentes de la posibilidad de tomar decisiones políticas autónomas y soberanas), ponía en duda la necesidad de una conexión entre imperialismo y "colonialismo". Era evidente, por lo menos para casi todos los marxistas, que difícilmente la descolonización política por sí sola habría cambiado las relaciones económicas entre las áreas en cuestión y los países de la metrópoli, aunque podía influir sobre la posición específica del país que hasta aquel momento había ejercido directamente el dominio colonial. La invención del término "neocolonialismo", para describir la nueva relación, suponía poca diferencia a fines del análisis marxista, desde el momento en que la existencia de áreas que, aunque formalmente soberanas, formaban parte de hecho de una economía imperialista y de áreas que, aunque nominalmente independientes, estaban ligadas política y militarmente a un poder externo que funcionaba como "consejero", había sido reconocida hacía tiempo a través del uso de términos como "semicolonialismo". Por otra parte, el surgimiento de expresiones como "tercer mundo" servía para indicar una reclasificación más vasta.

No hay ningún antecedente marxista para el concepto de "tercer mundo", y en efecto, por más que los marxistas tendiesen como los demás a manejar este término tan vago como cómodo, éste no tiene ninguna relación clara con un análisis marxista. La

expresión se puso en uso ante todo para distinguir a los países atrasados, o que por lo menos no se hallaban en la vía de una evidente industrialización, de aquellos que se habían industrializado o se estaban industrializando en el área capitalista (el "primer mundo") y del sector socialista de reciente expansión (el "segundo mundo"). De esta manera se cortaba transversalmente la división fundamental entre los dos sistemas económicos, o por lo menos entre países cuyos gobiernos aspiraban a realizar uno u otro de los dos sistemas. Las divisiones políticas del mundo, por un lado los Estados Unidos y la Unión Soviética y sus respectivos aliados, por otro —a partir de 1960— entre la Unión Soviética y China, subrayaban este dato. Puesto que por una parte China se concebía a sí misma como adalid del "tercer mundo" revolucionario contra el bloque soviético, por la otra este nuevo término se sobreponía en cierta medida al concepto de "países no alineados", que rehusaban ligarse bien fuese al campo político-militar de los Estados Unidos, bien fuese al de la URSS. Como se podía prever, la gran mayoría de estos países se encontraba en Asia, en África y (al menos potencialmente) en el Caribe y en América Latina. Sin embargo, esta expresión, por más imprecisa que fuese, pareció representar, al menos durante una o dos décadas, una realidad: la de Estados que, prescindiendo de su régimen, eran más pobres que ricos, tecnológicamente atrasados, y muy lejos del momento de emprender con decisión la vía de una próspera economía industrial. La existencia de otros sinónimos para indicar esta distinción —"desarrollado" y "subdesarrollado", "Norte" y "Sur", etcétera— indica que todo esto era universalmente reconocido.

A menudo los marxistas no han resistido a la tentación de adoptar el concepto de "tercer mundo", no obstante el hecho de que no fuese fácilmente adaptable al análisis marxista clásico, y aunque en cierta medida fuese siempre poco realista catalogar, por ejemplo, a la Argentina o incluso a Chile bajo el mismo título que a Birmania o a Nigeria. En realidad, muchos marxistas han ofrecido contribuciones a la vasta literatura que se proponía explicar la naturaleza del "tercer mundo" y denunciar las fuerzas que lo habían vuelto pobre y dependiente. Ello tanto si el "tercer mundo" parecía adaptarse a un modelo transformado de la explotación imperialista de un mundo colonial o neocolonial, vuelto pobre y esencialmente no industrial por la naturaleza de las actividades del capitalismo: cuanto si las perspectivas de una revolución social, que parecían cada vez más distantes en los países del capitalismo desarrollado, parecían persistir sólo en Asia, en África y en Latinoamérica. En este sentido, la diferencia entre "segundo" y "tercer mundo" era por así decirlo cronológica. La revolución china había clausurado una fase de la avanzada socialista, que había aumentado el número de Estados de régimen marxista, llevándolos de uno (o dos, si se incluye a Mongolia) a once. Es un hecho que muchos de éstos (por ejemplo Albania y gran parte de Yugoslavia) tenían, al menos al principio, muchísimas características de los países del "tercer mundo". Las sucesivas adiciones al número de estos Estados se verificaron todas ellas fuera de Europa: Vietnam (1954-75), Cuba (1959), las ex-colonias portuguesas en África, Etiopía, Somalia, Yemen del Sur, Kampuchea, Nicaragua, en los años sesenta y setenta. Por otra parte, los Estados que, de modo a veces poco creíble, a veces pasajero, declaraban ser socialistas o aspirar a convertirse en tales, sin necesariamente poseer o aceptar una dirección marxista, se encontraban todos en el área del "tercer mundo". Todos estos países, marxistas o no, seguían encarando los problemas de la pobreza y del atraso, así como (en el caso de los que eran marxistas) la hostilidad activa de los Estados Unidos y de los países alineados con ellos. Bajo este aspecto, las diferencias de sistemas políticos y de expectativas entre los países del "tercer mundo" parecían menos significativas que la situación común en que se hallaban.

De hecho, en el curso de los años sesenta y setenta, el concepto de un "tercer mundo" subdesarrollado único y omnicomprensivo se fue haciendo cada vez menos sostenible. No tanto porque numerosos países comprendidos en esta área y en particular aquellos productores de petróleo vinieron a encontrarse en condiciones de notable riqueza, juzgando al menos por los parámetros generales, aunque sus habitantes no pudieran gozar de beneficios proporcionales, y sobre todo porque algunos de ellos estaban visiblemente colmando la brecha entre países subdesarrollados y países industrializados. Difícilmente habría tenido todavía algún sentido poner a Brasil, Corea del Sur y Singapur en la misma casilla de Bangladesh, Malí y las Seychelles. Estos desarrollos, que los marxistas empezaron a analizar en los sesentas y setentas, implicaban un considerable replanteamiento de las versiones comunes del análisis marxista, no sólo a propósito de los países del "tercer mundo", sino en general sobre la tendencia al desarrollo de la economía capitalista a escala mundial, las transformaciones internas de su estructura y la división internacional del trabajo. Algunos aspectos de esta revisión se analizarán más adelante. Al mismo tiempo, las esperanzas de una revolución en el tercer mundo parecían menos brillantes. Los movimientos de la izquierda socialista en América Latina, insurreccionales o no, concluían en trágicos fracasos, que no podían ser contrabalanceados por el derrocamiento de la tiranía en un pequeño país de América Central o por la probable victoria en países igualmente pequeños. En Asia, la revolución en Indochina permanecía aislada. En el área islámica una revolución fuertemente apoyada por los marxistas de las otras áreas triunfaba: sin embargo, aunque Argelia conquistaba su independencia, y entre los gobiernos de Egipto y de la "Media Luna Fértil" parecía florecer un populismo radical con el que la izquierda podía simpatizar, las previsiones políticas en aquella franja explosiva de territorios hubieran sido difícilmente capaces de alentar grandes esperanzas entre los marxistas. Resultados y perspectivas se mostrarían más alentadores en el África subsahariana, pero la mayor parte de las victorias revolucionarias obtenidas en aquel continente pueden ser consideradas como el efecto inducido, o el producto, de una tardía resistencia a la descolonización política o, como en el caso de Etiopía, del derrumbamiento de una monarquía feudal obsoleta. Aquí y allá podrá haber alguna república africana que se declara popular e inclinada al socialismo, pero es improbable que los marxistas del resto del mundo sientan esperanzas o inspiración de semejante cambio de siglo. En breve, con los años ochenta, las perspectivas de una vasta ampliación del mundo socialista a través de transformaciones en el tercer mundo, y de un consiguiente debilitamiento del capitalismo internacional, han disminuido.

Sin embargo, mientras duró el periodo del "tercermundismo", el pensamiento marxista sufrió una poderosa influencia. Desde el momento en que los movimientos en aquella área del mundo no parecían apoyarse en la clase obrera —que a duras penas, en muchos de los casos, era tomada en cuenta— los marxistas dirigieron su atención al potencial revolucionario, y por lo tanto al análisis, de otras clases, particularmente los campesinos. Una cuota considerable de teoría marxista y no marxista ha sido dedicada a las cuestiones agrarias y campesinas a partir de principios de los años sesenta. La literatura marxista en este campo, estimulada también por las reflexiones sobre la experiencia de los países socialistas y por la investigación del teórico populista ruso Chayánov, es impresionantemente vasta.¹² Los intereses tercermundistas han

12 Aparece bien documentada en algunas publicaciones nuevas, como el (no marxista) *Journal of Peasant Studies*. Entre los autores importantes se pueden recordar Eric Wolf, Teodor Shanin y Hamza Alavi. Para el descubrimiento de Chayánov (por parte de un marxista), cf. D. Themer, *Peasant Economy as a Category in Economic History*, La Haya, 1965, p. 287. Véase, por ejemplo, de Chayánov, *Viaggio di mio fratello Aleksej nel paese delFuúopia comodina*, edición de V. Strada, Turín, 1979.

proporcionado verosímelmente una contribución al fuerte desarrollo de una antropología social marxista, tal como la habida en este periodo, especialmente en Francia, a cargo de estudiosos como Godelier y Meillassoux.

En resumen, la oleada radical de fines de los años sesenta afectó al marxismo desde dos ángulos principales. Ante todo, multiplicó de manera espectacular el número de aquellos que han producido, leído y adquirido escritos marxistas, y ha aumentado así en números absolutos el volumen del debate y de la teoría marxista. En segundo lugar, su escala ha sido tan vasta —al menos en algunos países—, su aparición tan súbita e inesperada, y su carácter tan inédito, que ha parecido necesaria una reconsideración de amplio alcance sobre muchas cosas que la mayor parte de los marxistas había dado por descontada durante largo tiempo. Como la revolución de 1848, algunos de cuyos aspectos surgen en la mente de cuantos se ocupan de historia, surgió y se desvaneció con gran rapidez; como la revolución de 1848, dejó tras de sí mucho más de lo que pudo parecer a primera vista.

La oleada radical presentó no pocas peculiaridades: comenzó como un movimiento de jóvenes intelectuales, o más específicamente de estudiantes, cuyo número se multiplicó enormemente en el curso de los años sesenta en casi todos los países del mundo; más en general, se presentó como un movimiento de los hijos y las hijas de la clase media; en algunos países permaneció circunscrita a los estudiantes o a aquellos que podían llegar a serlo, mientras en otros —especialmente en Francia y en Italia— constituyó la chispa para movimientos de la clase obrera de un alcance como no se veía desde hacía muchos años. Fue un movimiento de carácter extraordinariamente internacional, que atravesó las demarcaciones entre países desarrollados y países dependientes, entre sociedades capitalistas y sociedades socialistas. El 68 es una fecha clave en la historia de Yugoslavia, de Polonia y de Checoslovaquia, así como en la de México, de Francia y de los Estados Unidos. Sin embargo, atrajo la atención sobre todo porque se desarrolló en países que formaban parte del núcleo fundamental de la sociedad capitalista desarrollada, en la cima de la prosperidad económica. Por último, su impacto en el sistema político y en las instituciones de muchos de los países en los que se manifestó ha sido, aunque de breve duración, extraordinariamente dramático.

Por lo que concierne al marxismo, el 68 produjo una "nueva izquierda", que prescindiendo de su deseo de reconocerse en el nombre de Marx o de alguna otra figura del panteón marxista, miró mucho más allá de los confines del marxismo tradicional. Así, hemos asistido a un renacimiento de las tendencias anarquistas, en forma de un fenómeno autoconsciente,¹³ o disfrazadas bajo cualquier etiqueta aparentemente marxista (como gran parte del "maoísmo" occidental), o también en la forma de una disidencia cultural apolítica o antipolítica. Hemos visto igualmente el surgimiento de grupos políticos cuyo entusiasmo al proclamar su propio vínculo con Marx no ha ocultado el hecho de que estuviesen persiguiendo líneas estratégicas y políticas que los revolucionarios marxistas habían tradicionalmente rechazado o considerado con extrema desconfianza: la "Fracción del Ejército Rojo" o las "Brigadas Rojas" se conforman al modelo del terrorismo populista ruso más que a las ideas de Lenin, mientras que movimientos de separatismo nacional en Europa occidental, a menudo con una ascendencia histórica de derecha o incluso de extrema derecha, pueden ahora adoptar el vocabulario de la revolución marxista, a veces de modo totalmente sincero. Una de las consecuencias derivadas de este desarrollo ha sido un fuerte resurgimiento,

13 D. Cohn Bendit, *El izquierdismo remedio a la enfermedad senil del comunismo*, ed. Grijalbo, México, 1969.

en los años setenta, del debate marxista sobre lo que se ha acostumbrado llamar la cuestión nacional.¹⁴ Naturalmente, la "nueva izquierda" no es en ningún sentido el producto exclusivo de los últimos años sesenta. Si bien el anarquismo tradicional había prácticamente exhalado el último suspiro con la derrota de la república española en 1939 —ya no existía en París en el mayo del 68—, diversos escritores y pensadores marxistas heterodoxos sobrevivieron durante el periodo del dominio comunista ortodoxo (Isaac Deutscher, Paul Mattick, Cornelius Castoriadis, C. L. R. James) y habían conquistado una renovada aceptación en la izquierda después de 1956; entre tanto, grupos organizados por marxistas, a la izquierda de la ortodoxia, no habían dejado de permanecer activos, aunque a una escala muy modesta, y de intercambiar anatemas entre sí, o de fragmentarse en grupúsculos aún más pequeños y recíprocamente hostiles. En muchos países, el trastorno acaecido en el movimiento comunista ortodoxo después de 1956 confirió a estos grupos (especialmente a los trotskistas) una fuerza nueva, bien fuese porque se les unieron comunistas desencantados, bien porque los partidos comunistas no dispusieron ya de lo que en la práctica había sido un monopolio de atraer a sí a las personas disponibles para una perspectiva revolucionaria. En este sentido, la "nueva izquierda" después de los años cuarenta estuvo compuesta en parte por una "vieja" izquierda resucitada. Tampoco hay que pasar por alto el periódico flujo y reflujo de personas desilusionadas de uno u otro de los grupos y grupúsculos, después del 68, a los viejos partidos comunistas, o el reclutamiento de algunos de aquellos que se habían radicalizado hacía poco. Además, entre 1956 y finales de los años sesenta, el descontento con la política de los partidos comunistas, concentrado a veces —como en Francia— en sus organizaciones estudiantiles, había conducido a periódicas expulsiones o escisiones, que proporcionaron una dotación ulterior a los potenciales militantes y dirigentes de aquella que sería la "nueva izquierda". La ruptura entre la URSS y China creó, con el "maoísmo", un nuevo polo de atracción para los comunistas disidentes y para otros militantes que estaban en posiciones de izquierda revolucionaria.

Por más que el maoísmo se concibiera inicialmente como una forma menos pacífica y más activamente revolucionaria e insurreccional de comunismo ortodoxo —una especie de versión puesta al día de la crítica trotskista con respecto a la traición a la revolución mundial representada por Stalin—, la revolución cultural a mediados de los años sesenta aportó lo que parecía una crítica mucho más radical que el bolchevismo, ortodoxo o trotskista, y una alternativa a ambos. Fueron llevados mucho más allá los confines del análisis marxista de la "vieja izquierda", por ejemplo a través del llamado directo y explícito a la iniciativa espontánea de las masas, a través de la clara restructuración del papel del "partido", y especialmente a través del voluntarismo del mismo concepto de "revolución cultural". El "maoísmo" constituyó por esta vía un puente entre la vieja izquierda marxista y una "nueva izquierda".

Por obvias razones, la "nueva izquierda" en los países socialistas adoptaba la forma de un comunismo crítico, y en este sentido circulaba por líneas paralelas a los desarrollos internos de la "vieja izquierda" occidental. Una razón residía en el hecho de que las tendencias que rechazaban al comunismo no eran toleradas, aunque en momentos de sacudimientos temporales (como en Hungría y en Polonia en 1956) pudieran por un breve periodo manifestarse a la luz del sol. Otra razón era que aquellos que rechazaban el análisis marxista en la base de la doctrina oficial (a quienes no hay que confundir con

14 Entre los trabajos recientes, son de particular interés M. Hroch, *Die Vorkämpfer d. nationalen Bewegung bei d. kleinen Volkner Euro-pas*, Praga, 1968; G. Haupt, M. Lowy y G Weill, *Les marxistes et la question nationale 1848-1914*; y T. Nairn, *The Breakup of Britain*, Londres, 1977, reseñado por mí en *New Left Review*, n. 105, 1977.

aquellos que trataban de desarrollarla, corregirla o proceder a una revisión) tendían a rechazar también al régimen en su conjunto y todas sus realizaciones, y por lo tanto estaban poco dispuestos a catalogarse a sí mismos dentro de una forma cualquiera de izquierda. Eran propensos más bien a mirar al Occidente capitalista, o a sacar a la luz tradiciones locales alternativas, religiosas, nacionalistas o de otro tipo. Una situación que se ha mantenido sin cambios hasta los años ochenta.

Un cuarto conjunto de acontecimientos ha comenzado también a influir de forma evidente en los desarrollos del marxismo. Se trata de la crisis general de los sectores capitalista y no capitalista de la economía mundial que ha dominado la mayor parte de los años setenta y que está, todavía en pleno desarrollo en el año del centenario de la muerte de Marx. Es imposible, en el estado actual, estimar los efectos de larga duración de esta coyuntura general, pero dos observaciones se pueden adelantar a modo de hipótesis.

En primer lugar, la actual situación ha conducido a un decidido despertar del análisis marxista sobre la economía capitalista. Considerando los cambios profundos, inesperados e imprevistos, en la estructura y en las vicisitudes del capitalismo en general después de la segunda guerra mundial, se habría podido esperar que los marxistas se lanzasen rápidamente a un examen analítico y sistemático de esta nueva fase del capitalismo, como intentaron hacerlo, sin dejar tiempo de por medio, frente a la necesidad de encarar la fase "imperialista" de la economía mundial, después de 1900. Los observadores no marxistas condujeron este análisis y llegaron generalmente a la deducción (justa) de que la nueva fase del capitalismo era en muchos aspectos esencialmente distinta de aquellas que la habían precedido, sacando a menudo la conclusión (errada) de que por consiguiente no debía conservar su nombre de capitalismo. Al contrario, los marxistas fueron particularmente lentos en hacer frente a las nuevas realidades de la economía industrial mundial, bautizadas por no marxistas como J. K. Galbraith con nombres apropiados que los mismos marxistas adoptaron a falta de cosa mejor (por ejemplo, "la sociedad opulenta"). La mayor parte de los análisis marxistas de las economías capitalistas desarrolladas se esforzaba sobre todo por mostrar que nada había cambiado en sustancia en el capitalismo, y de explicar, por tanto, por qué motivos las consecuencias económicas del capitalismo que hasta entonces habían preconizado (por ejemplo, graves depresiones de la economía capitalista y desocupación masiva) no se verificaban. Este modo de proceder está todavía claro en los primeros intentos serios de proporcionar un cuadro más general de la nueva fase del capitalismo, como en los trabajos de Baran y Sweezy (1966) y de Michael Kidron (1968).¹⁵ Había también una clara tendencia a explicar el estado de buena salud del capitalismo mundial sobre todo a través de factores ad hoc, como los enormes gastos de armamentos, mientras que era menor la tendencia a pasar por alto la economía del mundo subdesarrollado y la repugnancia a admitir que, cualquiera que fuese la persistente explotación económica, o la "dependencia" de lo que en el pasado había sido llamado el conjunto de los "países coloniales y semicoloniales", la estructura de esta dependencia exigía un serio replanteamiento. Los marxistas se aprestaban a publicar libros titulados Después del imperialismo¹⁶ mientras que solamente los no marxistas o los ex-marxistas se preocupaban por situar al capitalismo en el pasado. En efecto, la literatura económica marxista sobre el "tercer mundo" fue, como hemos visto, vastísima en el curso de los años cincuenta y sesenta, en parte porque el tema del desarrollo y del

15 P. A. Baran y P. M. Sweezy, *El capital monopolista*, ed. Siglo XXI, México, 1975. M. Kidron, *Western Capitalism since the War*, Londres, 1968.

16 M. Barrat Brown, *Después del imperialismo*, ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 1976.

subdesarrollo económico estaba en el centro de muchísimas discusiones entre economistas debido al alto número de países apenas descolonizados y a las preocupaciones económicas de América Latina. Pero, en el fondo, el desproporcionado interés de los marxistas por el "tercer mundo" y la disponibilidad a revisar las tradicionales teorías marxistas del imperialismo encontraban un estímulo en la inestabilidad del "tercer mundo" y en las perspectivas de transformaciones revolucionarias que allí se entreveían y que eran atrayentes para los marxistas. Semejantes perspectivas estaban obviamente ausentes en el mundo desarrollado. Un análisis marxista de la nueva fase de la economía capitalista desarrollada, en los años cincuenta y sesenta, no parecía ofrecer muchas esperanzas a los marxistas. Sólo cuando aquel mismo mundo desarrollado hubiera sido nuevamente afectado por la inestabilidad general y la crisis, sólo entonces el análisis marxista del capitalismo desarrollado se pondría nuevamente de moda: como sucedió, en efecto, para el análisis económico de la crisis capitalista. De hecho, las renacidas tendencias a analizar el capitalismo de la posguerra como una nueva fase específica del desarrollo capitalista se manifestaron ampliamente sobre la base de una ampliación del interés siempre vivo entre los marxistas por el tercer mundo, a través de una extensión del análisis sobre las "transnacionales", largo tiempo consideradas entre las principales explotadoras de los países dependientes.¹⁷

La segunda observación tiene un carácter más negativo. Frente a la crisis general de los años setenta y ochenta —que condujo a marxistas y no marxistas a un renacimiento del interés por el problema de los "ciclos largos" del desarrollo capitalista, vinculados al nombre de N. Kondratieff—¹⁸ los marxistas se hallaron en dificultades. A diferencia de lo ocurrido en los años treinta, no tenían soluciones plausibles que ofrecer. En efecto, en la medida en que estaban más o menos formalmente complicados en el gobierno de los Estados capitalistas —una situación mucho más común ahora de lo que fue en los años treinta— tenían poco en que confiarse, a no ser en las políticas basadas en una versión cualquiera de la economía keynesiana (que constituyó la ortodoxia general de tantos economistas gubernamentales en el Occidente de la posguerra), o en las apelaciones verbales a la revolución y al "socialismo". Desde el momento en que gran parte de la economía capitalista occidental era ya controlada, planificada o incluso poseída por el Estado, la simple exigencia de sustituir la anarquía de la competencia capitalista por la socialización y la planificación no tenía ya el tono convincente que tuvo cuarenta años antes. Para colmo, los marxistas no podían ahora hacer referencia a un mundo en fase de construcción socialista, inmune a las crisis económicas, a diferencia del mundo capitalista. Las economías socialistas, con la URSS a la cabeza, se han visto en dificultades e incluso sus primacías en el desarrollo económico, que habían suscitado extraordinaria impresión, no han podido seguir siendo citadas verosímelmente como signo de su superioridad económica a principios de los años ochenta.

17 Para estas cuestiones, cf. F. Froebel, J. Heinriehs y O. Kreye, *Die neue internationale Arbeitsteilung*, Reinbek, 1974; *Multinationale Konzerne: Entuñcklungstendenzen un kapitalistischen System*, a cargo de O. Kreye, Berlín, 1974; *Starnberger Studien 4: Strukturverdnde-rungen in der kapitalischen Weltwirtschaft*, Frankfurt, 1980; *Krisen in der kapitalistischen Weltokonomie*, a cargo de F. Froebel, J. Hein-richa y O. Kreye, Reinbek, 1981.

18 Él trotskista Ernest Mandel se interesó largo tiempo por Kondratieff: cf. *El capitalismo tardío*, ed. Era, México, 1979, y la selección de artículos de Parvus, Kautsky, Trotsky, Kondratieff y Mandel, *Die tangen Wellen del Konjunktur: Beitrage zur marxistischen Konijunk-tur und Krisentheorie*, Berlín, 1972; y su ensayo "Technical innova-tion and long waves in world economic development", en *Future*, xm, n. 4, 1981.

Las contradicciones internas de las economías socialistas, las fallas de planificación y de gestión, los problemas económicos generales en los que se han encontrado, empezaron a ser cautamente discutidos por los economistas de aquellos países en el periodo jruschoviano. El fracaso de la "primavera de Praga" y la emigración (forzada) de numerosos intelectuales judíos (entre los que se cuentan no pocos economistas) de Polonia a finales de los años sesenta llevaron la nueva discusión crítica sobre las economías de planificación centralizada, confinada hasta entonces dentro de círculos económicos muy especializados, al centro del debate entre los marxistas occidentales. Baste señalar que la simple contraposición entre economía capitalista en crisis y economía socialista en la vía victoriosa de la construcción planificada ya no se puede defender seriamente; tanto más cuanto que muchas economías socialistas han comenzado a ser afectadas, directa o indirectamente, por las dificultades de la economía capitalista.

El efecto inmediato de esta crisis general ha sido, por lo tanto, el de estimular el análisis marxista concreto de la economía capitalista mundial y el de reavivar las demostraciones de sus contradicciones económicas, aunque simultáneamente se han fortalecido las dudas y las incertidumbres de los marxistas sobre las realizaciones y las perspectivas económicas de lo que la doctrina oficial en la URSS y en los Estados a ella vinculados han llamado "socialismo realmente existente". En cierto sentido, esto refuerza la actitud general con que los marxistas contemplan el mundo en el momento en que conmemoran el centenario de la muerte de su fundador: saben a qué cosa son contrarios y por qué, pero mucho menos claramente saben qué cosa quieren, salvo en un sentido muy general.

3. LOS JÓVENES INTELLECTUALES Y EL MARXISMO ACADÉMICO

Entre los factores de larga duración que han influido en el desarrollo del marxismo a partir de los años cincuenta, dos se destacan por su evidencia, vinculados entre sí: el cambio de la base social del marxismo como ideología política y las transformaciones en el capitalismo mundial.

A diferencia de lo sucedido en la época de la II y de la III Internacional, el desarrollo del marxismo después de los años cincuenta ha tenido lugar ante todo, y en algunos casos predominantemente, entre los intelectuales, que constituían ya un estrato social cada vez más amplio e importante. En efecto, ello ha sido el reflejo de la radicalización de partes sustanciales de este estrato, especialmente de sus componentes juveniles. Antes, por el contrario, las raíces sociales del marxismo habían estado principalmente, y a menudo casi exclusivamente, en movimientos y partidos de trabajadores manuales. Esto no significaba que fuese grande el número de libros o incluso de opúsculos escritos, y quizá siquiera leídos, por los trabajadores, por más que el militante obrero autodidacta (el "le sender Arbeiter" de Brecht) constituyese un sector importante del público de aquella literatura marxista que era objeto de estudio en los círculos, en los cursos didácticos, en las bibliotecas y en los institutos ligados al movimiento obrero. Así, en la cuenca carbonífera de Gales del Sur se desarrolló, entre 1890 y los años treinta de este siglo, una red de un centenar de bibliotecas para mineros en las que los activistas sindicales y políticos de la zona —notoriamente radical ya antes de 1914— recibieron su formación intelectual.¹⁹ Pero todo esto significaba que los trabajadores organizados

¹⁹ Para una lista de algunas de estas bibliotecas, de sus catálogos y sus usuarios, cf. H. Francis, "Survey of Miner's Institute and Welfare Libraries, October 1972-February 1973", en Llafur, i, n. 2, mayo de 1973, pp. 55-64.

en movimientos de este tipo aceptaban, apreciaban y asimilaban una forma de doctrina marxista (una "ciencia proletaria") como parte de su conciencia política, y que la gran mayoría de los intelectuales marxistas o, mejor, de todos los intelectuales vinculados al movimiento se consideraba esencialmente al servicio de la clase obrera o, más en general, de un movimiento de emancipación de la humanidad que pasaba a través del ascenso y el triunfo, históricamente inevitables, del proletariado. Desde principios de los años cincuenta resultó claro que en casi todo el mundo en donde los partidos obreros socialistas se habían constituido sobre una base de masas, éstos no estaban en crecimiento, sino que más bien tendían a perder terreno, tanto en su forma socialdemócrata como en la comunista.²⁰ Por otra parte, en los países industrializados, la clase de los trabajadores manuales, que había constituido el núcleo central de los movimientos de trabajadores, perdía terreno, en términos relativos y a veces absolutos, respecto a los otros sectores de la población ocupada. Además, su coherencia y fuerza interna se habían debilitado. El notable mejoramiento del nivel de vida de la clase obrera, la gran presión concéntrica de la publicidad comercial y de los medios de comunicación de masas sobre los deseos (reales o inducidos) de los consumidores, individuos o familias, la consiguiente privatización de la vida de la clase obrera, debilitaban sin duda la cohesión de las comunidades obreras, que había constituido un elemento tan importante para determinar la fuerza de los partidos y de los movimientos de masas del proletariado. Entre tanto, el crecimiento de la ocupación no manual y la expansión de la escolaridad secundaria y superior absorbían un porcentaje muy elevado de hijos e hijas de la clase obrera mejor pagada y especializada —y de cuadros proletarios y dirigentes del movimiento obrero potenciales— y de aquellos obreros que se mostraban más inclinados a leer y estudiar. Como señalaba con un dejo de tristeza la investigación realizada sobre las bibliotecas de los mineros de Gales del Sur en 1973, cuando ya sólo 34 de ellas funcionaban todavía, "a partir de los años sesenta, a diferencia de lo que sucedía en los años treinta, la lectura no constituye ya una de las principales actividades recreativas en la cuenca carbonífera".²¹ Quienes se han alejado no han dejado de creer necesariamente en la causa de sus padres, ni de ser políticamente activos. Pero ya no son trabajadores manuales.

Desarrollos de este tipo no podían dejar de interesar profundamente al movimiento de clase y al marxismo, porque ambos se desarrollaron sobre todo sobre la base de la convicción de que el capitalismo producía a aquellos que lo arrojarían a la tumba, bajo la apariencia de un proletariado (concebido como una clase de trabajadores manuales de la industria), en crecimiento por su cantidad, autoconciencia y fuerza, representado por sus partidos o movimientos e históricamente destinado a volverse socialista (o sea revolucionario, aunque hubiese distintas opiniones sobre qué significaba esto exactamente) y a triunfar, en cuanto portador de un proceso histórico inevitable. Ahora bien, el desarrollo del capitalismo occidental —y de los movimientos obreros dentro de él— después de la segunda guerra mundial parecía hacer cada vez más débil esta perspectiva.

20 El evidente renacimiento de algunos partidos socialistas débiles o en profunda crisis, a partir del inicio de los años setenta, como en Francia, en España o en Grecia, no debe engañarnos. Éstos no han actuado ya como partidos de masas de base proletaria, según las líneas tradicionales, sino como organismos en condiciones de movilizar un electorado socialmente heterogéneo, unido principalmente por el descontento con los regímenes conservadores existentes, y por el deseo de un conjunto de reformas en el Estado, en la economía y en la sociedad.

21 Francis, "Survey of Miner's institute", cit., p. 59.

Por un lado, los trabajadores perdían aquella fe en la historia que los movimientos socialistas les habían dado (y que ellos habían dado a aquellos movimientos). Un eminente estadista conservador británico recuerda a un capaz y dinámico diputado laborista inglés, de origen obrero, que le decía en los años treinta: "Vuestra clase es una clase en decadencia: la mía es la clase del futuro".²² Es difícil imaginar semejante intercambio de frases en los años ochenta. Por otro lado, los partidos marxistas, aunque perfectamente conscientes de que las profecías sobre la inevitable victoria histórica del socialismo estaban lejos de constituir una guía suficiente para una estrategia política, resultaron sin embargo desorientados por la incertidumbre de aquello que tantos de sus militantes y dirigentes habían considerado la brújula con la cual dirigir el curso histórico. Su desorientación había aumentado con el curso de los acontecimientos en la Unión Soviética y en los otros países socialistas, desarrollos que después de 1956 era cada vez más difícil no advertir y no condenar.

Un reexamen radical de gran parte de cuanto hasta entonces los marxistas habían dado por descontado, desde el análisis estructural de Marx y de los otros clásicos, hasta la estrategia y la táctica de breve y larga duración, se volvió inevitable. Semejante reexamen se había ido haciendo cada vez más y más difícil dentro de la tradición central del marxismo después de 1917, aquella vinculada a la URSS y al movimiento comunista internacional, hasta que esta ortodoxia cada vez más dogmática acabó por fragmentarse. La tradición central del marxismo se había caracterizado por el inmovilismo y la esclerotización, y el proceso de revisión del análisis marxista había sido artificialmente diferido, aunque sólo fuese porque para la mayor parte de los marxistas a partir de 1900, y seguramente para todos aquellos que se habían formado en los movimientos comunistas,²³ las mismas palabras "revisión" y "revisionismo" significaban el abandono o incluso la traición del marxismo. Cuando se verificó el movimiento de revisión del análisis marxista, éste llegó en forma totalmente imprevista, y el conflicto que de ahí nació entre los marxistas viejos y nuevos no fue menos dramático. Así, habría sido posible observar las cambiadas características del capitalismo posbélico inmediatamente después de la guerra, pero entre tanto, marxistas comprometidos y críticos solidarios convenían en el hecho de que en los años treinta el marxismo había "contribuido todavía a proporcionar una explicación coherente, aunque inadecuada, a la crisis económica mundial y al desafío fascista",²⁴ o que "la gran crisis de los años treinta se acomoda admirablemente a la teoría marxiana",²⁵ aunque concordando también en el hecho de que "nadie ha tenido mayores éxitos que el liberalismo en formular una teoría de la sociedad poscapitalista" (Lichtheim), o que "ha contribuido de forma significativa a nuestra comprensión de las características esenciales de la 'sociedad opulenta' " (Baran y Sweezy). Para la mejor parte de una generación, la mayoría de los marxistas se ha revelado incapaz o indecisa en la confrontación de las realidades de un mundo que se quería transformar.

22 La anécdota la cita R. A. Butler, *The Art of Memory*, Londres, 1982, p. 79

23 Como ya se ha visto, un vasto sector de la "nueva izquierda", y de cualquier modo buena parte de sus miembros interesados en la teoría marxista, estaba compuesta al principio por ex-comunistas (ortodoxos o disidentes) salidos o expulsados de partidos y grupos formados en la tradición bolchevique, o ligados a ésta de alguna manera.

24 G. Lichtheim, *Marxism*, Londres, 1961, p. 393. [El marxismo ed. Anagrama, Barcelona, 1971.]

25 Baran y Sweezy, *Monopoly Capital*, cit., p. 3.

Lo súbito del fenómeno de renovación dentro del marxismo se confirmó ulteriormente con la masiva radicalización de jóvenes intelectuales, sobre todo en el curso de su experiencia escolástica, por cuanto ésta, como ya vimos, transformó ampliamente la base social de apoyo a las teorías marxistas. Nacieron organizaciones y partidos marxistas —sobre todo pequeños— cuyos militantes —y seguramente los dirigentes— eran esencialmente gente diplomada.²⁶ En efecto, como muestra la evolución de los sindicatos, mientras que ha disminuido el peso del trabajo manual organizado en la industria, ha crecido el número y el peso de los organizados entre los empleados no manuales, especialmente en el sector público (en continua expansión), en las profesiones y oficios dotados de organizaciones profesionales, en los medios de comunicación y en aquellas ocupaciones que implican directamente una responsabilidad social: instrucción, salubridad, seguridad social, etcétera. Y en semejantes ocupaciones los trabajadores no manuales han sido reclutados cada vez más entre los hombres y mujeres que habían conseguido una forma cualquiera de instrucción superior.

Por otra parte, la radicalización de los jóvenes intelectuales no sólo produjo un notable aumento del público de lectores de la literatura marxista, y una incrementada presencia de intelectuales marxistas: ha proporcionado también un mecanismo para su reproducción. Elementos marxistas comenzaron a permear el lenguaje de las intervenciones en público de los estudiantes, y cuando hombres y mujeres provenientes del radicalismo estudiantil —a veces endémico, como en América Latina, a veces epidémico, como en muchos países europeos de los años sesenta— llegaron a maestros o manejadores de la información, el marxismo conquistó un puesto más sólido en las instituciones vinculadas con la instrucción y la formación. Esto ha estabilizado su influencia. Las nuevas generaciones de los años sesenta se embarcaban en lo que para muchos de ellos (salvo en casos de depuración política sistemática) serían largas carreras como maestros y escritores. Mientras que muchos de ellos con el tiempo moderarían o abandonarían sus convicciones juveniles, ninguno sería sometido a su vez a las violentas fluctuaciones del radicalismo estudiantil.

Este desarrollo no fue imprevisto. Algún tiempo antes de que se hiciese dramáticamente visible, uno de los más lúcidos observadores del marxismo había señalado ya que en los países "desarrollados" parecía haberse "entrado en una crítica de la sociedad moderna en cuanto tal", en gran parte "con el fin de puntualizar el rechazo por parte de los intelectuales del mundo creado por la industria moderna y por la tecnología científica; y el principal terreno de enfrentamiento de este debate ha sido proporcionado por las universidades".²⁷ Era nueva la dimensión inesperada de la conversión de los intelectuales al marxismo, y más en general de la extraordinaria expansión del número de institutos de instrucción superior, y de estudiantes que en ellos se inscribían, en todo el mundo, en el curso de los años sesenta; semejante expansión no tenía ningún precedente histórico.

La radicalización de los intelectuales, sobre todo jóvenes, tuvo una serie de características que se reflejaron en el pensamiento marxista producido en estos ambientes. En primer lugar, no estaba al principio en función de la insatisfacción económica y de la crisis. En efecto, se manifestó en su forma más espectacular a fines de los años sesenta, o sea en la culminación de la era de los "milagros económicos", de la expansión capitalista y de la prosperidad, y en un momento en que las perspectivas de estudio y de carrera de los estudiantes eran excelentes en la mayor parte de los países.

²⁶ Esto es cierto no sólo para ciertas sectas o grupos revolucionarios sino también para algunos pequeños partidos comunistas renovados, como por ejemplo el sueco.

²⁷ Lichtheim, *Marxism*, cit., pp. 393-94.

La principal directriz de su crítica no era por consiguiente económica, sino social o cultural. Si había una disciplina que representaba esta búsqueda de una crítica de la sociedad en su conjunto, era la sociología, y de hecho ésta atrajo a los estudiantes radicales en número desproporcionado, tanto que a menudo fue identificada de hecho con el radicalismo de la "nueva izquierda". En segundo lugar, no obstante el vínculo tradicional del marxismo con la clase obrera (y, en su versión tercermundista, con los campesinos) los jóvenes intelectuales radicalizados estaban, en virtud de su nivel de vida y de sus orígenes sociales, alejados tanto de los obreros como de los campesinos, por más que en teoría se identificasen apasionadamente con ellos. Si eran hijos de la burguesía constituida, podían todo lo más tratar de "acercarse al pueblo", como populistas de última hora, o jactarse de los relativamente escasos proletarios, campesinos o negros que se unían efectivamente a sus grupos. Si eran ellos mismos de extracción proletaria, campesina, o más habitualmente pequeñoburgueses, su situación y sus expectativas profesionales les llevaban automáticamente fuera del contexto social de origen. Ya no eran obreros o campesinos, o no eran ya vistos como tales por sus padres, parientes y amigos. Para colmo, sus ideas políticas tendían a ser mucho más radicales que las de la gran mayoría de los obreros, incluso cuando (como en el mayo francés de 1968) se encontraron juntos comprometidos en la acción militante. La "nueva izquierda" intelectual tendía por lo tanto en ocasiones a abandonar a los trabajadores, en cuanto clase ya no revolucionaria —o quizá incluso "reaccionaria"— por haberse integrado al capitalismo (el locus classicus de este análisis era *El hombre unidimensional* de Marcuse, aparecido en 1964). O bien tendían por lo menos a abandonar los movimientos y los partidos obreros de masas existentes, socialistas o comunistas, en cuanto traidores reformistas de las aspiraciones socialistas. Por lo demás, prácticamente en todos los países del área capitalista desarrollada, y en cierta medida también fuera de ésta, los estudiantes politizados no eran en absoluto populares entre las masas, cuando menos en el sentido de que eran considerados como hijos privilegiados de las clases medias o como una potencial clase dirigente privilegiada. La teoría marxista en el ambiente de la "nueva izquierda" se desarrolló por lo tanto en un cierto aislamiento, y sus vínculos con la práctica marxista fueron desusadamente problemáticos.

En tercer lugar, este ambiente mostró una tendencia a producir un pensamiento marxista que era académico en dos sentidos: por ir dirigido a un público que había sido, era y sería todavía de estudiantes, y se expresaba en un lenguaje relativamente esotérico, poco accesible a los no académicos; y porque, para citar de nuevo a Lichtheim, "se aferraban a aquellos elementos del sistema marxiano que estaban lo más alejados posible de la acción política".²⁸ Mostraban una marcada preferencia por la teoría pura, y especialmente por la más general y abstracta entre las disciplinas: la filosofía. La bibliografía de las publicaciones filosóficas marxistas creció desmesuradamente después de 1960, y en efecto, los debates nacionales e internacionales entre marxistas que atrajeron mayor atención entre los intelectuales radicales fueron aquellos ligados a los filósofos: Lukács y la escuela de Frankfurt, los gramscianos y los seguidores de Della Volpe, Sartre, Althusser y sus diversos discípulos, críticos y opositores. Si esto no resultaba sorprendente en países en los que nadie que realizase estudios superiores podía escapar a cierta formación filosófica (por ejemplo, Alemania, Francia, Italia) el gusto por semejantes discusiones filosóficas se hizo muy notable incluso allí donde la filosofía no formaba parte de un sistema global de estudios superiores de tipo humanista, como en el caso de los países anglosajones.

La filosofía tuvo tendencia a penetrar otras disciplinas, como cuando los althusserianos parecieron considerar *El Capital* de Marx como, ante todo, un trabajo de epistemología.

²⁸ Ibid., p. 393.

Ésta substituyó incluso a la práctica, como en la moda pasajera (propia de esos mismos ambientes) de la que fue descrita como "práctica teórica". La investigación y el análisis del mundo real se replegaron detrás de la general consideración de sus estructuras y de sus mecanismos, o incluso detrás del más general interrogante sobre cómo podía el mundo ser conocido. Los teóricos se sintieron tentados a deslizarse de la consideración de los problemas efectivos y de las perspectivas de las sociedades reales a un debate sobre la "articulación" de los "modos de producción" en general.²⁹ El último Poulantzas se defendió de la crítica de no haber emprendido análisis concretos y de no haberse referido de manera particular a "hechos concretos, empíricos e históricos", sosteniendo que una crítica de ese tipo es señal de empirismo y neopositivismo, aunque estuviese dispuesto a reconocer que su trabajo padecía de "un cierto teoricismo".³⁰ Los extremos de semejante abstracción teórica estaban declaradamente vinculados con la influencia del filósofo marxista francés Louis Althusser, que alcanzó la cima entre 1965 y 1975 — la extensión internacional de esta moda fue por sí misma un hecho significativo—, pero la atracción general por el puro teorizar fue de cualquier modo notable. Esto dejaba perplejos a algunos de los marxistas más viejos, y no sólo entre aquellos de los países considerados empiristas.³¹ Estos marxistas no cesaron de concentrar su interés en la teoría abstracta, especialmente cuando tenía que ver con problemas a los que el mismo Marx había dedicado sus energías como en el caso de la teoría económica. Independientemente del interés intelectual de estos estudiosos, y de los méritos intelectuales de quienes indagaban sobre tales cuestiones, el replanteamiento de las bases de la teoría marxista era un elemento esencial del necesario examen crítico del trabajo de Marx y del marxismo en cuanto cuerpo de pensamiento coherente y homogéneo. Sin embargo, la distancia que separaba semejante teorización del análisis concreto del mundo era grande, y la relación entre ella y gran parte de la obra del mismo Marx parecía a menudo análoga a la que existe entre los filósofos de la ciencia y los científicos en acción. Los segundos han admirado con frecuencia a los primeros, pero no con tanta frecuencia han sido ayudados en sus investigaciones efectivas, especialmente cuando la filosofía de la ciencia demostraba que ellos no podían probar de modo satisfactorio aquello que habían empleado toda una vida para intentar averiguar.

Sin embargo, las consecuencias de la radicalización entre los intelectuales no fueron solamente teóricas, aunque sólo fuese porque éstos no podían seguir siendo considerados, y considerarse, como personas que superaban las fronteras de clase para unirse a los trabajadores, y porque, como ya se ha visto, la división entre intelectuales y trabajadores, en cuanto estratos sociales, tendía a extenderse. En los casos extremos, como en Estados Unidos, unos proporcionaron activistas pacifistas durante la guerra de Vietnam, los otros manifestantes a favor de la guerra. Pero incluso cuando estaban

29 Para una útil discusión sobre el desarrollo del término "articulación" en la teoría marxista a partir de Althusser, cf. A. Forster-Car-ter, "The mode of production debate", en *New Left Review*, n. 107, 1978, pp. 47-48.

30 N. Poulantzas, "The capitalistic State: a reply to Miliband and Lackau", en *New Left Review*, n. 95, 1976, pp. 65-66. Los principales trabajos de Poulantzas son *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, ed. Siglo XXI, México, 1969; *Fascismo y dictadura*, ed. Siglo XXI, México, 1971; *Las clases sociales en el capitalismo actual*, ed. Siglo XXI, México, 1976.

31 Cf. la crítica, elegante pero despiadada, hecha a Althusser desde el punto de vista de un viejo historiador marxista: P. Vilar, "Histoire marxiste, histoire en construction: essai de dialogue avec L. Althusser", en *Ármales*, n. 28, enero de 1973, pp. 165-98.

ambos a la izquierda, el centro de sus intereses políticos tendía a divergir. Así, resultó mucho más fácil suscitar un interés apasionado por los problemas del ambiente y de la ecología en los grupos de la izquierda intelectual que en las organizaciones puramente proletarias.

La combinación de ambos grupos se ha revelado extremadamente eficaz, como lo demostraron los acontecimientos polacos de 1980-81. La divergencia o la falta de coordinación entre ellos —permanente o temporal— ha dañado, con toda probabilidad, la perspectiva práctica de transformar la sociedad a través de la acción de movimientos marxistas. Al mismo tiempo, la experiencia ha demostrado que los movimientos basados esencialmente en los intelectuales han sido incapaces de producir partidos de masas parangonables a los tradicionales partidos obreros socialistas o comunistas, que se mantenían unidos por la conciencia proletaria y por la lealtad de clase; o incluso, partidos de masas en general. La divergencia ha dañado también, con toda probabilidad, las potencialidades políticas y las perspectivas de los grupos así constituidos, y por lo tanto de las doctrinas marxistas que venían elaborando.

Por otra parte, la creciente influencia de los intelectuales en la escena marxista, especialmente si son jóvenes, o académicos, o ambas cosas al mismo tiempo, ha hecho más fáciles las comunicaciones extremadamente rápidas entre los diversos centros, aun más allá de las barreras nacionales. Los miembros de este estrato son excepcionalmente móviles y están extraordinariamente acostumbrados a la comunicación rápida; por otra parte, sus vínculos y sus relaciones son insólitamente inmunes a la disgregación, a no ser en presencia de una sistemática y despiadada acción represiva estatal. La velocidad con que los movimientos estudiantiles se han propagado de una universidad a otra es una demostración. La nueva fase ha hecho por ello más fácil, tanto en la práctica como en teoría, un internacionalismo informal bastante eficaz, precisamente en el momento en que el internacionalismo organizado de los movimientos marxistas, por primera vez desde 1889, estaba en la práctica dejando de existir. En efecto, su resultado es una cultura marxista informal, pendenciera, cosmopolita. Ciertamente, aún quedan factores nacionales y regionales, así como existen autores marxistas casi desconocidos fuera de su país de origen. Por otro lado, pocos son los países dotados de una intelectualidad marxista en donde ciertos nombres no sean familiares a todos aquellos que se interesan en semejantes cuestiones, tanto si es que escribieron originalmente en inglés, o en francés o en cualquier otra lengua del mundo que pueda ser inmediatamente comprendida y traducida. Los obstáculos mayores para unificar este universo internacional de discurso marxista son lingüísticos (por ejemplo para trabajos escritos originalmente en japonés) o económicos (como para los estratos de intelectuales hindúes oprimidos por la pobreza, para quienes es imposible afrontar el precio de venta de los libros no subvencionados o —a causa de la falta de divisas— importar más que unos pocos ejemplares de las publicaciones extranjeras). Sin embargo, confrontado con cualquier otro periodo precedente de la historia del marxismo, este universo se ha hecho geográficamente más vasto, y el número de "teóricos" u otros escritores marxistas que han discutido en su interior es casi ciertamente más amplio y heterogéneo que nunca.

4. PLURALISMO Y NUEVOS REVISIONISMOS

¿Cómo podemos, pues, resumir las tendencias y los desarrollos internos del marxismo en el periodo sucesivo a 1956?

En primer lugar, su pluralismo ha sido reconocido y sancionado con la desaparición de cualquier ortodoxia internacional dominante o vinculante, comparable a la ejercida de facto por el partido socialdemócrata alemán antes de 1914 y por el comunismo soviético

en el periodo de su hegemonía sobre el marxismo mundial. Se ha vuelto más difícil considerar las interpretaciones heterodoxas como efectivamente no marxistas, y por el contrario la tentación de los socialistas que disientían de la ortodoxia de romper los vínculos con Marx se ha atenuado proporcionalmente. En el plano político, esto es el resultado evidente de la fragmentación del movimiento comunista internacional, de las incertidumbres sobre la estrategia y las perspectivas de los partidos obreros socialistas en el resto del mundo, de la tendencia de otros movimientos y partidos que aspiran a un cambio radical para poner el distintivo de Marx en su solapa ideológica, y también por la cambiada composición social de la población marxista, que ya mencionamos. El primer elemento produjo ortodoxias marxistas rivales y en conflicto entre sí, como en el caso del bloque soviético y China. El segundo ha causado un debate, tolerado e incluso estimulado, entre diversas interpretaciones del marxismo dentro de los partidos marxistas, al punto de que en algunos partidos comunistas no se puede decir que prevalezca una interpretación específica. Ha determinado también la constitución de tendencias o facciones rivales dentro de estos partidos, y de una multiplicidad de grupos y organizaciones, especialmente a la izquierda de los viejos partidos comunistas, cada uno de ellos en lucha contra esto o aquello en nombre del marxismo, o pronto a generar ulteriores escisiones legitimándolas en el plano ideológico. El tercer elemento ha introducido una serie de combinaciones del marxismo con otras ideologías (católica, islámica, o bien nacionalista) o grupos que se conforman simplemente con apelar a Marx o a cualquier otro marxista (por ejemplo Mao) a propósito de cualquier ideología que se les ocurra defender. El cuarto elemento ha reforzado la tendencia al pluralismo, pero también ha expresado, a través de la adhesión al marxismo de los nuevos intelectuales, la tendencia a extender el marxismo más allá del terreno político, en la esfera académica y cultural en general.

El nuevo pluralismo debe distinguirse de la tolerancia de la disidencia propia del periodo precedente a 1914. El revisionismo de Bernstein era tolerado en la socialdemocracia alemana, pero al mismo tiempo era rechazado tanto por el partido como por la mayor parte de los marxistas, como una teoría indeseable y no ortodoxa. Por más que algunas teorías elaboradas por algunos marxistas provocan la desconfianza y la hostilidad de los demás, es difícil hallar en la actualidad un consenso difundido, a nivel nacional o internacional, sobre qué es lo que constituye una interpretación legítima y sobre lo que, de hecho, ha dejado de ser "marxista". Todo esto es particularmente evidente en campos como la filosofía, la historia y la economía.

Una consecuencia de esta pluralización de los inciertos confines, y de la contemporánea disminución de interpretaciones sostenidas por el carisma de la autoridad, ha sido la reaparición de los "teóricos".³² Sin embargo, a diferencia del periodo anterior a 1914, el "teórico" no está ya estrechamente vinculado a una organización política particular y ni siquiera a una línea política; menos aún desempeña una función política importante, aunque a veces informal, como sucedió en sus tiempos a Kautsky. La identificación automática de los jefes de partido con los teóricos murió con el stalinismo, si se excluyen algunos Estados socialistas en donde ha producido extrañas aberraciones (por ejemplo, Corea del Norte), aunque en pequeños movimientos guiados por intelectuales éstos puedan tener todavía la doble investidura de dirigentes y de teóricos.

Aunque los nombres que poseen prestigio e influencia en el debate marxista internacional —y en torno a los cuales se agrupan las "escuelas"— son conocidos como miembros de un partido, en general no son considerados como "representantes" del partido; tienden más bien a ser influyentes en cuanto personas privadas, libres de lazos, que escriben ensayos y libros. Tal, en varios momentos, en diversos periodos y por

32 Cf. Storia del marxismo, ed. Einaudi, vol. ni, t. I, pp. 411 ss.

distintos propósitos, ha sido la posición de figuras como Althusser, Marcuse, Sartre, Sraffa, Sweezy y Baran, Colletti, Habermas, A. Gunder Frank, para nombrar sólo algunas. Es típico del pluralismo de este periodo que no sólo la naturaleza de su marxismo, sino su relación efectiva con éste, haya resultado en ocasiones poco clara. Y como las cosas escritas quedan, no siempre ha tenido importancia que los autores hayan muerto, salvo por el hecho de no estar ya en condiciones de comentar las interpretaciones dadas a sus obras. La desintegración de la ortodoxia ha restituido al debate público marxista un buen número de eminentes personalidades del pasado, prontas todavía una vez más a ser admiradas y a conquistar seguidores: Lukács y Benjamín, Korsch y Orto Bauer, Gramsci y Mariátegui, Bujarin y Rosa Luxemburgo. En segundo lugar, como ya se indicó, la línea entre lo que es marxista y lo que no lo es se ha ido haciendo cada vez más borrosa. Era de esperarse, desde el momento en que tan gran parte de lo aceptado hasta ahora como esencial de Marx y del marxismo sucesivo tenía necesidad de un profundo reexamen; pero este hecho es también la consecuencia natural del rápido desarrollo de un público de intelectuales interesados en el marxismo y de su penetración en la corriente de la enseñanza y del debate académico, que ha tenido lugar sobre todo después de 1956. Un estudio (no marxista) sobre la historiografía europea observaba, en 1978, que "en las décadas más recientes los historiadores marxistas han logrado penetrar con éxito en la corporación profesional", a tal punto que el índice de nombres de ese ensayo contiene más menciones de Marx que de cualquier otro nombre, excepto Leopold von Ranke y Max Weber.³³ El más importante de los manuales de economía ha decidido incluir, en 1970, una sección especial sobre economía marxista.³⁴

En Francia, por ejemplo, el marxismo se ha convertido en uno de los componentes de un universo intelectual, junto a de Saussure, Lévi-Strauss, Lacan, Merleau-Ponty y todos aquellos nombres que eran considerados importantes en los últimos cursos de los liceos franceses y que eran discutidos en los ambientes del V y VI arrondissements. Los intelectuales marxistas que se formaron y asimilaron el marxismo en semejante contexto cultural, podían hallar auspiciable una traducción del marxismo en la jerga teórica prevaleciente en aquel momento, cualquiera que fuese, tanto para hacerlo comprensible a los lectores no familiarizados con la terminología marxista, como para demostrar a los críticos que también en los términos de sus planteamientos teóricos, el marxismo tenía algo válido que sostener. Un producto típico de este periodo es la reproposición, a cargo de G. A. Cohén, de la concepción materialista de la historia, según la terminología y los "modelos de claridad y rigor que caracterizan a la filosofía analítica del siglo xx".³⁵ Otras veces, se podía verificar simplemente una combinación cualquiera del marxismo con otras teorías autorizadas, como el estructuralismo, el existencialismo, el psicoanálisis, etcétera.

Los nuevos marxistas eran a menudo atraídos por Marx en un momento en que habían ya conquistado, en la escuela o en la universidad, nociones y posiciones teóricas de algún otro tipo, destinadas a colorear su marxismo sucesivo. No se quita nada a Althusser, que se hizo comunista en su edad adulta, después de la guerra (en 1948), si se precisa que su pasado intelectual estaba alejado del marxismo, y que él conocía acaso ciertamente mucho mejor las obras de Spinoza y de Montesquieu que las de Marx, cuando empezó a escribir sobre este último. Si eran suficientemente jóvenes, estos nuevos marxistas podían sentarse a los pies de los maestros que a veces utilizaban

33 G. G. Iggers, *Neue Geschichtswissenschaft*, Munich, 1978, p. 157.

34 P. A. Samuelson, *Economics*, Londres, 1976, cap. 42.

35 G. A. Cohén, *Karl Marx' theory of history: a déjense*, Oxford, 1978, p. ix.

también ellos elementos de marxismo adquiridos quizá en su juventud de revolucionarios, combinándolos con otras influencias y desarrollos intelectuales. A grandes rasgos, no se trató de un hecho nuevo. Los marxistas provistos de instrucción superior habían intentado ya en el pasado superar la fractura, deliberadamente agrandada por los ortodoxos, entre marxismo y cultura universitaria. Éste fue el caso, por ejemplo, de los austromarxistas y de la escuela de Frankfurt. Pero la novedad estaba ahora en la radicalización en masa de los intelectuales educados en el ámbito académico, en un momento que era de crisis y de incertidumbre para las fortalezas del marxismo institucionalizado y separatista.

Al mismo tiempo, los marxistas se veían obligados cada vez más a mirar fuera del marxismo, porque el autoaislamiento y la autocompresión del pensamiento marxista, que habían sido dos de las características más visibles de la fase comunista (entre los ortodoxos, pero también entre algunos herejes como los trotskistas), habían creado vastas áreas en las que los marxistas habían reflexionado muy poco, mientras que por el contrario los no marxistas habían llevado a cabo una profunda labor. El tema de la economía marxiana constituye un buen ejemplo al respecto. Apenas los gobiernos marxistas que administraban las economías de planificación centralizada fueron conscientes de los defectos de programación y de gestión de su economía, se volvió imposible desdeñar toda forma de economía académica burguesa, considerándola simplemente como una forma apologética capitalista, y, por el contrario, la economía marxista no pudo limitarse a la reafirmación revisada y corregida de las ortodoxias de la "economía política", pensadas esencialmente para demostrar que el capitalismo no podía resolver sus problemas y que no había cambiado "de modo esencial" su carácter, y destinadas a limitar sus observaciones sobre las economías socialistas a afirmaciones genéricas carentes de significado.³⁶ Cualquiera que fuese la ortodoxia teórica, en la práctica los economistas que operaban en sociedades socialistas (aunque no fuesen formalmente presentados como economistas) debían considerar la investigación operativa y la programación, y al hacer esto, conocer y utilizar el trabajo de los economistas de las sociedades capitalistas, incluyendo el llevado a cabo a propósito de la economía del socialismo.³⁷ Poco importaba si algunos desarrollos fundamentales de la economía podían ser atribuidos a marxistas de Europa oriental y a otros que intentaron resolver los problemas nuevos de la economía soviética en los años veinte, y si de esa forma podía proporcionarles un pedigríe marxista, aun cuando llevasen largo tiempo expulsados del canon marxista oficial.

Así, los marxistas que no trataron la teoría simplemente como una ideología que legitimase la pretensión de detentar en exclusiva la verdad —mientras que todos los demás estaban en el error ("antimarxismo")— no pudieron seguir permitiéndose ignorar lo que los no marxistas habían estado haciendo en su terreno. En efecto, la nueva generación de intelectuales marxistas formados en las universidades difícilmente podía ignorar estos conocimientos. Por otro lado, la presión de los estudiantes radicales se concretaba también en la introducción de cursos especiales sobre marxismo, o en temas

³⁶ Un buen ejemplo en este sentido lo ofrece *Fundamentals of Marxist-Leninism*, a cargo de O. Kuusinen, Moscú, 1960, páite H, cap. 23.

³⁷ Para un primer ejemplo en este sentido, cf. O. Lange, *Economía Política*, vol. i, Problemas generales, Varsovia, 1963, en donde el capítulo dedicado a los "Principios de la racionalidad económica" contiene un apéndice sobre los "Fundamentos matemáticos de la programación", que hace referencia, entre otras cosas, a los trabajos de Frisen, Samuelson y Solow. Lange era un eminente profesor que regresó a Polonia después de la guerra.

como la economía marxista, en las universidades, donde la ignorancia de tales cuestiones había sido a veces escandalosa. Cursos de ese tipo se volvieron muy comunes en el mundo angloparlante de los años setenta. Sin embargo, aun sin estas presiones, la penetración de la influencia marxista en las instituciones y en las disciplinas académicas creció notablemente, en parte porque los intelectuales marxistas de la vieja generación avanzaban en sus carreras, mientras que la nueva generación de los años sesenta tenía acceso a ellas,³⁸ pero sobre todo porque en muchos campos las contribuciones del marxismo fueron recibidas incluso por aquellos que no nutrían a su respecto particulares simpatías. Éste era, en particular, el caso de la historia y de las ciencias sociales. Ni la escuela histórica francesa de los Annales, ni su mayor exponente, Fernand Braudel, habían mostrado ninguna influencia marxista significativa en sus comienzos, mientras que en el último trabajo importante de Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo*, hay más referencias a Marx que a cualquier otro autor, francés o extranjero. Si bien este historiador eminente está lejos de ser marxista, una obra fundamental sobre este tema difícilmente podría evitar hacer referencia a Marx. Dada esta convergencia, amplios campos de investigación han sido trabajados por marxistas y no marxistas en gran parte del mismo modo, tanto que se ha vuelto difícil establecer si un trabajo particular debe ser considerado, o no, marxista, a menos que el autor lo proclame o niegue específicamente, defienda o ataque al marxismo. La creciente disponibilidad del marxismo a abandonar las viejas interpretaciones canónicas ha hecho aún más difícil, y a veces inútil, la tarea de dividir rígidamente todos los trabajos en un campo y otro.

Esta disponibilidad del marxismo a reconsiderar no sólo la tradición marxista, sino la teoría del mismo Marx, constituye la tercera característica de los desarrollos posteriores a los años cincuenta. Naturalmente, tampoco este hecho es nuevo de por sí. El debate interno de la economía marxista, que conoció un renacimiento espectacular a partir de los años sesenta,³⁹ siempre había sido muy vivo, cuando no fue sofocado por el dogma impuesto por autoridades superiores. Los intentos de modificar partes del análisis de Marx en varios terrenos fueron bastante frecuentes en la primera década de este siglo, y no sólo en relación con el "revisionismo" de Bernstein. En efecto, la práctica de considerar el marxismo ante todo como un "método", más que como un cuerpo de doctrina, que parece haber tenido su origen con los primeros austromarxistas, fue en parte una forma elegante para expresar un desacuerdo con lo que Marx escribió en realidad. Sin embargo, como se ha observado, la novedad de la situación a partir de los años cincuenta está en el hecho de que los argumentos que en otros tiempos habrían podido y debido llevar a sus defensores a abandonar completamente a Marx, eran considerados como otros tantos pasos para revitalizar, modernizar y reforzar el marxismo. Estos argumentos eran planteados ahora con insistente frecuencia por aquellos que declaraban su convencida y entusiasta fidelidad a Marx.

38 Así, en Gran Bretaña, al menos cuatro miembros del que a principios de los años cincuenta era el pequeño y marginal "Historian's Group" del partido comunista británico, fueron elegidos para la British Academy, institución ciertamente no radical. La London School of Economics, que en los años cincuenta no tenía profesores dotados de conocimientos analíticos o de intereses particulares en el campo de la economía marxista, ha acogido al menos a dos profesores de notable pericia en este sector en su departamento de economía.

39 En gran parte bajo el estímulo del libro de P. Sraffa, *Producción de mercancías por medio de mercancías*, ed. Oikos-tau, Barcelona, 1965, que condujo a una notable discusión entre marxistas "ricardianos" y "no ricardianos".

Así, en los años sesenta y setenta fue posible encontrar un número cada vez mayor de marxistas que expurgaban del marxismo la teoría del valor-trabajo o de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, que rechazaban la proposición según la cual "no es la conciencia de los hombres la que determina su existencia, sino que, al contrario, es su existencia social la que determina su conciencia",⁴⁰ y por consiguiente rechazaban el punto de vista marxista a propósito de "estructura" y "superestructura", que encontraban todos los escritos de Marx anteriores a 1882 no suficientemente marxistas, que podían ser descritos (en términos marxistas tradicionales) como idealistas filosóficos más que como materialistas —o rechazaban la diferencia entre ambas posiciones—, que dejaban de lado totalmente a Engels, o que sostenían que "el estudio de la historia no sólo científicamente, sino también políticamente, carece de valor".⁴¹ Creo que en ningún otro periodo de la historia del marxismo estas u otras posiciones similares, claramente en contraste con lo que la mayor parte de los marxistas había sostenido hasta entonces, fueron tan explícitamente planteadas y positivamente recibidas por personas que se consideraban marxistas.

No es misión del historiador juzgar la validez de estas revisiones, no raramente groseras, de lo que hasta entonces había sido considerado como esencial para la teoría por casi todas las escuelas y tendencias del marxismo, por más que el historiador pueda afirmar con cierta seguridad que muchas de tales revisiones habrían provocado la enérgica reacción de Marx, notoriamente bastante irascible. Lo que se puede afirmar, desde una posición por así decirlo neutral, es que semejantes desafíos a las ideas de Marx (por no hablar de las de Engels ni de los "clásicos" posteriores) representan la más profunda fractura registrada hasta el momento en la continuidad de la tradición intelectual marxista. Al mismo tiempo, representan un esfuerzo, desorientador o no, por reforzar el marxismo renovándolo y por desarrollar aún más el pensamiento marxista, y en este sentido son la demostración del notable vigor y de la capacidad de atracción de la teoría de Marx en las últimas décadas. Indican, de hecho, dos cosas: el reconocimiento de la necesidad de una puesta al día radical del marxismo, que no deje de buscar posibles errores e incongruencias en el pensamiento de su mismo fundador, y al mismo tiempo la convicción de que la teoría de Marx, en su conjunto, proporciona una guía esencial para cambiar el mundo.

Sin duda, el tiempo se encargará de aclarar al menos en parte esta intrincada maleza teórica, porque algunos de los autores de estas reformulaciones doctrinales seguirán la lógica de sus razonamientos y saldrán del marxismo, mientras que otros desaparecerán de nuestra vista, para buscar el ocasional doctorado en busca de un argumento para su propia tesis o los futuros volúmenes de otra historia del marxismo. Es posible también que un cierto consenso pueda manifestarse de nuevo sobre cuáles desarrollos de la teoría puedan derivarse legítimamente del pensamiento de Marx o ser puestos en práctica en coherencia con éste, y —cosa más controvertida— qué partes de la teoría de Marx puedan abandonarse sin privar de coherencia al análisis global. En aquel caso, la continuidad de la tradición marxista podría ser restablecida, aunque ya no en forma de un único marxismo "corregido", sino más bien en forma de una renovación de los confines dentro de los cuales el debate y la disidencia pueden razonablemente reivindicar una descendencia de Marx. Pero aun cuando semejante continuidad intelectual fuese restablecida, aquellos que podrían definirse como los marxismos

40 K. Marx, Prefacio a La crítica de la economía política; véase en apéndice a El Capital, libro i, Turín, 1975, p. 975.

41 La frase está tomada de un ensayo que se inicia con las siguientes palabras: "Este libro es un trabajo de teoría marxista" (B. Hin-dess y P. Q. Hirst, Pre-capitalistic modes of production, Londres, 1975).

"principales" continuarían coexistiendo con los que podríamos llamar marxismos "marginales", es decir, los de aquellos que por cualquier razón seguirían reivindicando para sus ideas una paternidad marxiana, aunque el análisis de sangre de su ascendencia intelectual desmintiese esta pretensión. Por cuanto pretenden ser marxistas, forman parte de la historia del marxismo, y en realidad no se pueden comprender fuera de ésta, así como las religiones y los cultos marginales o sincréticos que se dicen cristianos forman parte de esa religión, por más lejana que pueda ser la derivación de sus doctrinas de las que constituyen el patrimonio común de la cristiandad.⁴²

En resumen, tanto el marxismo principal como el marginal deberían coexistir, como ya lo hacen ahora, con la zona que se va ampliando (y que es en gran parte, pero no exclusivamente, académica), en donde no se trata de ninguna distinción definida entre lo que es marxista y lo que no lo es.

Una cosa, sin embargo, parece clara. Aunque debiese resurgir un consenso acerca de lo que constituye el marxismo principal (o los marxismos principales), éste operará probablemente a una distancia de los textos originales de los "clásicos" mayor que en el pasado. Es improbable que nos podamos referir de nuevo a ellos como a un cuerpo coherente de una teoría y de una doctrina internacionalmente homogéneas, como a una descripción analítica inmediatamente aprovechable de las economías y de las sociedades actuales, o como a una guía directa para la acción concreta por parte de los marxistas. La fractura en la continuidad de la tradición marxista probablemente no pueda ser del todo salvada.

Los textos "clásicos" no pueden ser usados como manuales para la acción política, porque los movimientos marxistas hoy y con toda probabilidad en el futuro se hallan y se hallarán en situaciones que tienen poco en común (salvo por algún ocasional y temporal accidente histórico) con aquellas en las que elaboraron su estrategia y su táctica Marx, Engels y los movimientos socialistas y comunistas de la primera mitad de este siglo. Es significativo que, medio siglo después de la muerte de Lenin, la mayor parte de los viejos partidos, que están todavía empeñados en la lucha para superar el capitalismo en sus países, estén en busca de estrategias nuevas, y por ello (no obstante la nostalgia por las antiguas certezas en muchos de sus afiliados más viejos) abandonen el equivalente marxista del fundamentalismo bíblico. Por el contrario, allí donde la sed de antiguas certezas ha seguido prevaleciendo y el marxismo ha impartido "lecciones" a las que sólo faltaba ser formuladas y aplicadas "correctamente" —la "corrección" de un grupo era en tal caso el "error" del otro— esta especie de marxismo se ha reducido a la atrofia teórica. Ha mostrado una tendencia a restringirse a unos cuantos elementos simples, a simples consignas: la importancia fundamental de la lucha de clases, la explotación de los trabajadores, de los campesinos y del tercer mundo, el rechazo al capitalismo o al imperialismo, la necesidad de la revolución y de la lucha revolucionaria (incluso armada), la condena del "reformismo" y del "revisionismo", la inevitabilidad de una "vanguardia", y cosas de ese tipo. Estas simplificaciones han hecho posible desvincular el marxismo de todo contacto con las complejidades del mundo real, desde el momento en que el análisis se dirigía exclusivamente a demostrar las verdades ya previamente anunciadas en su forma pura. Por consiguiente han podido combinarse con estrategias de puro voluntarismo. Esencialmente, esta forma residual de fundamentalismo marxista, adoptada como guía para la acción, ha consistido en elementos simplificados tomados en préstamo del leninismo clásico, cuando no eran también éstos nulificados por la retórica, como en el caso de los neoanarquistas.

42 Esto no quiere decir que las doctrinas del marxismo "principal" sean por eso mismo más ciertas que las del marxismo "marginal": sólo quiere decir que están más cercanas al pensamiento de Marx.

Evidentemente hay mucho que aprender de la experiencia de las luchas pasadas y de un extraordinario profesional de la política revolucionaria como fue Lenin, pero ciertamente no de la referencia literal al pasado y a los escritos leninianos.

Una vez más, mientras que la teoría económica general de Marx y su análisis del desarrollo capitalista deben presumiblemente permanecer como punto de partida para los marxistas que vendrán, los textos "clásicos" de un periodo no pueden ser adoptados para describir las fases sucesivas del capitalismo. Con su habitual realismo, Lenin reconoció este hecho: su Imperialismo, a diferencia de otras obras marxistas que trataban de analizar la nueva fase del capitalismo después de 1900,⁴³ no contiene ninguna remisión a los textos de Marx y de Engels, si se exceptúan dos importantes fragmentos extraídos de la correspondencia que conciernen a las consecuencias provocadas por la existencia del imperio británico en la clase obrera inglesa. Sin embargo, en el periodo sucesivo a 1917, una parte notable de los escritos marxistas sobre los desarrollos que el capitalismo estaba conociendo en aquel momento no siguió aquel precedente, e incluso dedicó una gran cantidad de esfuerzos a demostrar que el escrito de Lenin (o más raramente cualquier otro escrito marxista) constituía aún un análisis sustancialmente válido de una fase del desarrollo capitalista que incautamente Lenin había definido como "última", o a desarrollar comentarios críticos sobre aquel escrito, o también —cuando fue totalmente superado— a deducir de una frase pronunciada casualmente por Lenin en 1917 una teoría del "capitalismo monopolista de Estado" para el periodo sucesivo a la segunda guerra mundial.⁴⁴ Fuera de las filas cada vez menos numerosas de las viejas ortodoxias dogmáticas, la mayor parte de los marxistas no siente ya la obligación de expresar su propio análisis de la actual fase del capitalismo con los términos de textos que se refieren a situaciones ya en gran parte ligadas al pasado.

Por último, ahora es ampliamente reconocido que la misma teoría de Marx —en la medida en que él la formuló de modo sistemático— carece de homogeneidad, al menos desde un punto de vista importante. Puede en efecto sostenerse que consta de un análisis del capitalismo y de sus tendencias, y al mismo tiempo de una esperanza histórica, expresada con extraordinaria pasión profética y en los términos de una filosofía derivada de Hegel, en la perenne aspiración humana a una sociedad perfecta, que será alcanzada a través del proletariado. En la evolución intelectual de Marx, el segundo elemento ha precedido al primero, y no puede hacérselo derivar intelectualmente de aquél. En otras palabras, hay una diferencia cualitativa entre la proposición según la cual, por ejemplo, el capitalismo genera por su propia naturaleza contradicciones insuperables que deben inevitablemente producir las condiciones de su superación, o que "la centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo tocan al fin un punto en el que se vuelven incompatibles con el desarrollo del capitalismo", y la otra proposición según la cual la sociedad poscapitalista conducirá al fin de la enajenación humana y al pleno desarrollo de todas las facultades humanas individuales.

43 Por ejemplo *El capital financiero* de Hilferding y *La acumulación del capital* de Rosa Luxemburgo, que se remiten constantemente a Marx.

44 La frase se encuentra en *Estado y revolución*. El hecho de proporcionar a los análisis de los años setenta y ochenta esta débil autoridad textual tuvo como consecuencia que los leninistas fervientes se sintieran obligados a sostener que el capitalismo monopolista de Estado estaba ya en pleno desarrollo durante y después de la primera guerra mundial (cf. la voz "Staatsmonopolistischer Kapitalismus", en *Wortebuch der Marxistischen-leninistischen Soziologie*, Berlín, 1977, pp. 624 ss).

Son dos proposiciones que pertenecen a dos diferentes formas de discurso, aunque al final ambas puedan ser consideradas como verdaderas.⁴⁵

Por otra parte, nunca se ha negado que Marx no dejó tras de sí un cuerpo definido de teoría sistemática (sólo un volumen de *El Capital* fue efectivamente completado), y es difícil negar que no siempre tuvo éxito en traducir la "grandiosidad de las concepciones"⁴⁶ en análisis teóricos satisfactorios. Así, en el análisis marxiano existen "problemas teóricos que han sido largo tiempo objeto de controversia" entre los marxistas, e "interpretaciones de las teorías marxistas que han diferido ampliamente" entre sí.⁴⁷ Ciertamente que esto ha impulsado a los teóricos a estudiar la masa de los escritos de Marx con extrema atención, pero estos intentos de componerlos en un conjunto coherente y realista tienen poco en común con el uso de aquellos textos como afirmaciones dotadas de autoridad sobre "lo que el marxismo nos enseña". Son pocos, aunque bien adiestrados, los economistas marxistas que siempre han considerado adecuadas las exposiciones populares de la economía política marxiana (como la segunda parte del *AntiDühring* de Engels). Semejantes exposiciones, o los textos fundamentales de Marx considerados a este nivel (por ejemplo Salario, precio y ganancia), tuvieron una función importante en el periodo en que la educación marxista de los militantes y de los miembros de los partidos obreros y socialistas de masas era una función primaria de estos mismos partidos. Con su transformación, y a veces con su debilitamiento, y con la decadencia de la ortodoxia que proclamaba un solo marxismo "correcto", su papel cayó en desuso. En todo caso, la teoría marxista dirigida de jacto sobre todo a los intelectuales, fuesen estos militantes, académicos, o ambas cosas, ha expresado la tendencia a tratar los textos clásicos en forma menos acrítica.⁴⁸

Una cuarta característica del pensamiento marxista a partir de los años cincuenta puede recordarse por último. Los marxistas han concentrado sus esfuerzos de modo preponderante en el campo de las ciencias humanas y sociales, además de naturalmente en torno a cuestiones directamente vinculadas con la acción política. El vasto y fundamental terreno de las ciencias naturales y de la tecnología es un campo en el que pocos marxistas se han aventurado en cuanto marxistas, en el último cuarto de siglo, e incluso se puso de moda en ciertos ambientes negar que el marxismo pudiese tener cualquier afinidad con este terreno, o incluso que tenga nada que ver estructuralmente con la "naturaleza", sino en cuanto "naturaleza humana".⁴⁹ Esto contrasta no sólo con Marx y Engels, quienes estuvieron claramente muy interesados en las ciencias naturales y que tuvieron, ambos, algo que decir a este propósito (aunque Engels dedicó mayor

45 Desde este punto de vista, las discusiones acerca de la ruptura entre el Marx joven y el Marx maduro, en la formulación althusseriana de la "coupure épistemologique" y anticipadas en la repugnancia del marxismo soviético ortodoxo a reconocer los *Frühschriften* como pertenecientes con pleno derecho al cuerpo del marxismo, fueron verdaderamente importantes. Lo que está en cuestión no es si Marx abandonó la herencia hegeliana o los argumentos de los *Manuscritos parisinos* de 1843: es cierto que no lo hizo. Está en cuestión, más bien, el efecto derivado de la combinación de dos modos totalmente opuestos de imaginar el futuro.

46 J. A. Schumpeter, *Storia dell'analisi economica*, Tarín, 1960, p. 538.

47 P. M. Sweezy, *The Theory of Capitalist Development*, Londres, 1946, p. vn.

48 Cf. M. Desai, *Marxian Economic Theory*, Londres, 1974, buen ejemplo de trabajo destinado a los estudiantes por parte de un economista marxista: "este libro encara la economía marxiana como un programa de investigación en curso, en el que falta por dilucidar una serie de cuestiones dudosas" (p. 6).

49 Cf. G. Lichtheim, "On the Interpretation of Marx's Thought", en *From Marx to Hegel*, Nueva York, 1971, p. 69: "Está claro que la única 'naturaleza' tomada en consideración por Marx es la del hombre, junto con la del ambiente que éste transforma con su 'actividad práctica'. El mundo externo, en cuanto existente en sí y por sí, es irrelevante".

atención que Marx a estas cuestiones), sino también con algunos periodos de la historia del marxismo, como los años treinta, en los que cierto número de científicos, por lo menos en Inglaterra y Francia, fueron atraídos por el marxismo y trataron de aplicarlo a sus temas de investigación. La ciencia, los hechos sociales y la política están actualmente conectados unos a otros como nunca antes, y sin duda muchos científicos son conscientes de su función social y de su responsabilidad. Existen científicos radicales e incluso revolucionarios, y científicos que son marxistas, aunque cierta hostilidad contra la ciencia y la tecnología en cuanto tales (a menudo, en filosofía, bajo los despojos de una repulsa del "positivismo") ha estado muy difundida entre la joven "nueva izquierda" radical a partir de los años sesenta. Presumiblemente esto ha disminuido la capacidad de atracción de la izquierda radical con respecto a aquellos que emprendían estas profesiones, exceptuando aquellas ramas de las ciencias biológicas en las que es claramente imposible prescindir de los temas relativos a la naturaleza del hombre y de la sociedad (por ejemplo la genética o disciplinas afines). Sin embargo, el marxismo de los científicos radicales tiene muy poca relación con su teoría y práctica profesional.

Puede aventurarse la suposición de que la mayor parte de los estudiosos de ciencias naturales y tecnológicas que actúan en los Estados socialistas serán también ellos del parecer de que el marxismo es irrelevante para los fines de su actividad profesional, por más que se muestran reacios a declararlo públicamente y aunque, como todos los científicos serios, deben tener algún punto de vista propio acerca de las relaciones entre las ciencias naturales y el presente y el futuro de la sociedad.

Este estado de cosas constituye una clara restricción del campo de acción del marxismo, dado que una de las más poderosas razones de atracción que ejerció sobre las generaciones pasadas consistió precisamente en el hecho de que parecía constituir una concepción del mundo completa, omniabarcadora y clarificadora, para la cual la sociedad humana y sus vicisitudes representaban sólo una parte. ¿Es posible continuar en esta dirección? No es fácil responder. Solamente puede señalarse que existen algunas señales de una reacción contra la total extromisión del universo extrahumano del marxismo.⁵⁰ Puede observarse también que las modas filosóficas tendientes a negar la existencia objetiva o la accesibilidad del mundo, sobre la base de la observación de que todos los "hechos" existen sólo en virtud de una estructura conceptual a priori en la mente humana, bien pueden considerarse en decadencia (y en verdad sería difícil combinarlas con la praxis, bien sea ésta la de los científicos, o la de aquellos que quieren cambiar el mundo con la acción política). Ciertamente es posible prever el retorno a una concepción del marxismo más amplia de la que ha dominado en las décadas más recientes.

5. UNA CRISIS "DENTRO" DEL MARXISMO

A la luz de cuanto hemos venido observando en las páginas precedentes, no hay que sorprenderse si los observadores del periodo sucesivo a los años cincuenta pueden hablar una vez más de crisis del marxismo. Las viejas certezas —o las versiones rivales de aquellas certezas— sobre el futuro del capitalismo, sobre las fuerzas sociales y políticas que se espera puedan provocar la transición a un nuevo sistema de sociedad, sobre la naturaleza del socialismo que será realizado y sobre la naturaleza y las perspectivas de las sociedades que ya hoy declaran haber puesto en práctica esta transformación: todas estas viejas certezas han sido revocadas en duda. Para decirlo mejor, ya no existen. La teoría fundamental del marxismo, incluido el pensamiento

⁵⁰ Por ejemplo, S. Timpanaro, *Sul materialismo*, Pisa, 1975.

mismo de Marx, está sometida a un profundo examen crítico y a una serie de reformulaciones en polémica entre sí, pero en general de gran alcance. Gran parte de lo que la mayor parte de los marxistas habría aceptado en el pasado se pone seriamente en duda. Si se excluyen las ideologías oficiales de los Estados socialistas y alguna secta fundamentalista, generalmente pequeña, todos los esfuerzos intelectuales de los marxistas han partido del supuesto de que la teoría tradicional y las doctrinas del marxismo necesitan un reexamen sustancial, una modificación y una revisión. Por otro lado, cien años después de la muerte de Marx, ninguna versión particular de este marxismo reexaminado o modificado puede considerarse afirmada de modo preeminente.

Todo esto puede razonablemente ser descrito como una crisis del marxismo, o mejor como una crisis dentro del marxismo. Como hemos visto, la puesta a discusión del marxismo tradicional ha ido a la par de un marcado desarrollo general de la capacidad de atracción y de influencia del marxismo. Ciertamente no puede decirse que ello dependa de la atracción ejercida por partidos marxistas vivaces y en desarrollo (como sucedía en la última década del siglo pasado) porque no hay nada que hoy, en la situación de la mayor parte de estos partidos, permita pensar tal cosa. Al contrario mientras que antes de 1956 la identificación con la URSS (concebida con razón o sin ella como el primer Estado obrero, hijo de la primera revolución obrera, constructor de la primera sociedad socialista) constituía un auténtico motivo inspirador para los militantes, especialmente obreros, del movimiento comunista mundial —y antes de 1945 no sólo para ellos—, hoy aleja cada vez más a los intelectuales y al público más vasto. En efecto, la corriente principal del antimarxismo a partir de los años cincuenta ha tenido la tendencia a seguir un simple hilo de razonamiento político, rechazando incluso los "neo-marxismos" diversamente revisados y ampliados, esencialmente sobre la base del hecho de que, a menos que abandonen explícitamente a Marx, deberán inevitablemente conducir al stalinismo o a sus equivalentes. Los intentos tradicionales por demostrar que las teorías de Marx están intelectualmente destituidas de validez, si bien no han sido completamente abandonados, se han vuelto menos conspicuos, y raramente se encuentran hoy actitudes que intenten liquidar a Marx y a los marxistas como intelectualmente desdeñables.

El aumento de la influencia del marxismo ha sido determinado por otros factores. Sin duda ha sido facilitado por un cierto allanamiento del terreno ideológico en los años sesenta. La derrota del fascismo eliminó prácticamente durante cierto periodo el radicalismo de derecha como lenguaje pseudo-revolucionario, a causa de sus vínculos con el hitlerismo; y la abdicación de la crítica social por la parte liberal, que en los años cincuenta había sido frecuentemente una ideología autosatisfecha que celebraba la capacidad de la sociedad occidental existente para resolver todos sus problemas, dejaba el campo libre a Marx. Precisamente la necesidad sentida de una crítica radical de la sociedad burguesa y de las formas más escandalosas de desigualdad y de injusticia que se daban en su interior, junto con la existencia de regímenes claramente inaceptables, llevó a muchos hombres y mujeres al marxismo. Era importante también el hecho de que los marxistas organizados podían ser considerados como los opositores más eficaces de semejantes regímenes. Así, la penetración del marxismo en la vida intelectual española se verificó en los años sesenta y setenta, cuando el papel del partido comunista español dentro de la oposición antifranquista organizada era evidentemente central.

En resumen, como se dijo a propósito de la economía marxista, el marxismo en su conjunto permanece vivo y vital "gracias al persistente peso político del análisis de Marx. Éste es un instrumento para el análisis del capitalismo y en este sentido es útil

estudiarlo".⁵¹ Y, una vez se haya estudiado, su notable interés intelectual ejerce su atracción. Mientras el capitalismo exija una crítica, el marxismo puede ser transformado, pero es improbable que desaparezca.

Cuál será su futuro es algo que no puede preverse. Seguirá siendo importante como teoría. Sería absurdo sostener, como algunos críticos, incluso serios, hicieron en los años cincuenta y sesenta, que ha agotado sus potencialidades intelectuales y creativas. El crecimiento vertical del número de intelectuales marxistas, la variedad y la calidad de sus investigaciones —libres finalmente de la obligación de defender afirmaciones erradas o superadas—,⁵² la acumulación de publicaciones marxistas en las bibliotecas y la profundidad con que elementos sacados del marxismo han penetrado en la cultura general y en las diversas disciplinas académicas: todo esto priva de fundamento a una afirmación de ese tipo. Las modas intelectuales cambian y cambia el punto de equilibrio en el debate entre los estudiosos. Sin embargo, es extremadamente improbable que el puesto que Marx se ha conquistado en el universo intelectual de nuestro siglo, el estímulo que muchos intelectuales han hallado en el marxismo y las discusiones que se han desarrollado en torno a él, no prosigan en el futuro, a menos que sean destruidos todos los libros o la civilización humana en su forma actual sea aniquilada.

Por otro lado, es improbable que tenga un gran futuro como ideología dogmática, cada vez más distante de la realidad, tal como se ha desarrollado en la URSS y en los otros países socialistas. Como tal, es el producto de circunstancias históricas que no parece probable vuelvan a reproducirse en la mayor parte del mundo en el futuro. Mientras que revoluciones sociales conducidas por los partidos de vanguardia leninistas (o por aquellos que han tratado de asimilarse a éstos) pueden aún producirse aquí y allá, parece claro, ahora, que las revoluciones de la era "bolchevique" (de Lenin a Mao) no han sido ni los antecedentes ni los modelos de la transformación socialista del resto del mundo, aunque algunas veces han sido imitadas en el "tercer mundo".⁵³ Cualquiera que sea la forma que pueda asumir una transición al socialismo en las partes del mundo actualmente no socialistas, es improbable que se sigan, ni siquiera en la mayoría de los países del "tercer mundo", los modelos de 1917-1949, así como es improbable que el marxismo poscapitalista reproduzca el modelo del actual socialismo de Estado. Por lo que respecta a este último, es posible esperar un proceso de erosión desde su interior.⁵⁴

Por último ¿qué será del futuro del marxismo en cuanto guía para la acción política de los movimientos que aspiran a transformar la sociedad? ¿Y qué será de los resultados de sus esfuerzos? Todo lo que se puede decir con seguridad es que la praxis marxista se está adecuando —y probablemente lo hará de modo cada vez más consciente y

51 Desai, *Marxian Economic Theory*, cit., p. 2.

52 Antes de 1956 hubiera sido difícil encontrar algún marxista dispuesto a declarar con franqueza que "gran parte de lo que pasa por una teoría marxista original de las sociedades primitivas no es más que un remiendo de viejas tesis antropológicas, simplemente reformuladas en términos marxistas. El ejemplo más conocido, aunque seguramente no el único, y ni siquiera el mayor, podría ser el libro de Engels sobre Los orígenes de la familia, de la propiedad privada y del Estado, que, como bien se sabe, se basa en las ideas de Morgan, Bachofen y otros, muchos de los cuales han sido refutados o reinterpretados por la antropología contemporánea" (A. Palerm, "Antropología y marxismo en crisis", en *Antropología y marxismo*. México, 1980, p. 15).

53 A no ser por la intervención militar francesa, la revolución vietnamita, guiada por un típico "partido de vanguardia", habría triunfado antes que la china.

54 Esto no quiere decir que en los Estados socialistas dotados de una larga tradición marxista que se remonta al siglo XIX —por ejemplo la URSS y la República Democrática Alemana— no puedan verificarse desarrollos interesantes, aunque dentro del rígido marco de la ideología oficial.

sistemático— a un periodo histórico muy distinto de aquel en que esa praxis tomó cuerpo, en sus variantes socialdemócrata o comunista. Esto es cada vez más cierto tanto en los países del "tercer mundo" como en el resto del globo. Es igualmente evidente, a la luz de la historia de los Estados socialistas de estos últimos treinta años, que la necesidad de correcciones de gran envergadura es reconocida en la práctica, aunque no se refleja necesariamente en la teoría oficial.

El historiador del marxismo no es el indicado, en cuanto historiador, para decir más sobre esto. Como el mismo Marx observó, al comienzo de uno de sus escritos más eficaces, El dieciocho brumario de Luis Bonaparte, "los hombres hacen su propia historia". No la hacen, como Marx subrayaba aún, "de modo arbitrario, en circunstancias elegidas por ellos mismos". Sin embargo, la hacen. Sin duda, es una verdad, para los marxistas como para todos, que los hombres no hacen la historia solamente en las circunstancias nuevas que se presentan independientemente de su voluntad, sino también bajo el peso de la "tradición de todas las generaciones desaparecidas", incluidas aquellas que han conocido un siglo de marxismo. Sin duda, algunos de los temas de la historia del marxismo pueden ser descritos también con las palabras tomadas del Dieciocho brumario: "Y precisamente cuando parece que [los hombres] trabajan para transformarse a sí mismos y a las cosas, para crear algo que nunca antes existió, precisamente en tales épocas de crisis revolucionaria ellos evocan con angustia los espíritus del pasado para ponerlos a su servicio; toman en préstamo sus nombres, las consignas para la batalla, los hábitos, para representar bajo este viejo y venerable disfraz y con estas prendas prestadas la nueva escena de la historia".⁵⁵

Sin embargo, los hombres "trabajan para cambiarse a sí mismos y a las cosas", y el mundo que ha cambiado ya a causa de sus acciones seguirá siendo transformado por ellas. Como el mismo Marx, ellos intentarán, aun cuando no podrán emanciparse totalmente de su propio tiempo y de la herencia de su pasado, "liquidar toda fe supersticiosa en el pasado [...] Para tomar conciencia de su propio contenido, la revolución del siglo [veinte]⁵⁶ debe dejar que los muertos sepulsen a sus muertos. Antes la frase dominaba al contenido; ahora el contenido triunfa sobre la frase".⁵⁷

La historia del marxismo no puede considerarse concluida, porque el marxismo es una estructura de pensamiento todavía vital. Por lo tanto, la praxis del marxismo continúa. Si es verdad que "los hombres hacen su propia historia", cuáles formas asumirá ésta y cuáles serán sus resultados, dependerá de lo que hagan los marxistas. Y eso sobrepasa la esfera de la previsión histórica, pero no la de la reflexión razonada y de la esperanza.

[Tomado de Storia del Marxismo, t. rv, ed. Einaudi, Turín, 1982. Traducción de Ana María Palos.]

55 K. Marx, ¡I 18 brumaio di Luigi Bonaparte, en Rivoluzione e reazione in Francia (1848-1850), Turín, 1976, p. 172. 86 Naturalmente, Marx dice "del siglo xix". 57 Marx, 11 IB brumaio..., cit., p. 176.

56 Naturalmente, Marx dice "del sigloXIX".

57 Marx, II 18 brumaio...,cit p. 176.